

estudiosos que no el Papa ; porque si los adagios de Erasmo nos quitaran, como el Papa queria en su catálogo, bien teníamos que sudar. (1)»

Por lo que hace á las tradiciones y á las costumbres populares de que nos hablan los neos, solo diremos que al mismo tiempo que circulaban sin obstáculo obras en que, con la mayor libertad, se censuraba y algo más á Roma, corrian de boca en boca por la multitud refranes como los siguientes :

«Nunca vide cosa menos que de Abriles y Obispos buenos: Pediamos á Dios Obispo y vinonos pedrisco: Reniego de sermon que acaba en Daca: Clérigo, fraile ó judío no lo tengas por amigo: Bula del Papa ponla sobre la cabeza y págala de plata: Bien se está San Pedro en Roma: ni mula coja ni bolsa floja: Roma, Roma, la que á los locos doma y á los cuerdos no perdona.»

Podríamos citar otra infinidad de refranes semejantes; pero como de los refranes no se hacen por lo comun ediciones, tememos que el señor fiscal de imprenta no dejára pasar los mismos que supiera de memoria como lo sabe el vulgo, y nos contentamos con los anteriores, que se han consignado en letras de molde en un libro impreso el año de 1851, época que no puede ser sospechosa para el funcionario en cuestion, puesto que

(1) Laurentii Palmyreni, de vera et facili imitatione Ciceronis, cui aliquot opuscula studiosis adolescentibus utilisima adiunta sunt ut ex sequenti pagella cognosces.—Zaragoza en casa de Pedro Bermiz, 1560.

el gobierno y el régimen de entonces y los de ahora, se parecen como dos gotas de agua.

Veán, pues, los neos, qué fundamento tienen esas supuestas prohibiciones tácitas ó expresas de hablar de Roma; esas tradiciones y esas costumbres de que nos hablan á bulto, creando fantasmas tras de los cuales puedan mandar callar á todo el mundo: fáltanos poner en claro lo de la profanacion que suponen se comete por los que citan textos sagrados que no les convienen: hijos de padres católicos y educados en la religion católica, no podemos acomodarnos á que tan grave acusacion se lance, desde la incompetencia de un periódico, competente para todo menos para repartir anatemas y excomuniones sobre los que como nosotros piensan, por la sola razon de que no piensan como él.

¿Y cómo hemos de estar jamás de acuerdo con los neos, mientras no nos prueben que nuestra manera de entender la religion no está conforme con el Evangelio; que nuestras opiniones no están comprobadas por la historia?

Cuando la violencia imperaba en las costumbres y en la ley; cuando el privilegio, la desigualdad social, la servidumbre de la tierra y de los hombres eran lícitas; en una palabra, cuando todo lo que Jesucristo reprobó constituia el fondo de la vida civil, nos hallábamos en un período de envidiable religiosidad.

Cuando la fuerza reinaba en lugar del alma; cuando la espada decidia de todo; cuando la Inquisicion, el tormento y el capricho de un solo hombre, regian los destinos de los pueblos, es decir, cuando la sociedad

pagana duraba y dominaba aun, nos hallábamos en una época de religiosidad á que debemos volver.

Y cuando la fraternidad y la igualdad se consignan en la ley y tienden de dia en dia á descender á los hechos; cuando el espíritu domina á la espada y al verdugo; cuando la esclavitud y la servidumbre están próximas á ver abolidos sus últimos restos; cuando la consagracion de la libertad individual la convierte en el derecho de toda alma inmortal; cuando los hijos de los que han luchado para esterminarse se tienden la mano, es decir, cuando el pensamiento cristiano penetra en las instituciones y es como el alimento, como la sustancia del derecho moderno, ¡es precisamente ocasion de decir todos los dias á la multitud, que la religion perece; de exclamar bajo una máscara compungida, que la Iglesia fundada por Jesucristo está corriendo grandes peligros!

Si nosotros procediéramos de la manera que los neos, ¡no estaríamos en nuestro lugar devolviéndoles en cambio de la palabra profanacion, otra igualmente dura que se viene á nuestra pluma al cerrar estas consideraciones!

Octubre, 18.—1860.

LA NUEVA CRUZADA.

I.

Nos hallamos en plena parodia de una famosa cruzada, que deje atrás á la del siglo ix.

Aquella fué una empresa grande; esta tiene trazas de ser más grande aun... por lo ridícula.

Las cosas empiezan ahora al revés que en lo antiguo.

Godofredo de Bullon no toma la iniciativa en Lorena, ahora desempeña este papel *La Esperanza*: Roberto no aparece en Flandes, ha dado sus poderes á *La Regeneracion*: la Normandía no saca á otro Roberto, basta con que haya salido á luz *El Pensamiento*: Raynaldo no manda las tropas alemanas, y estas no se hallan demasiado unidas á las de Italia.

Verdad es que Pedro el Eremita, ha tenido la ocur-

rencia de elegir las humildes orillas del Manzanares para esta nueva predicacion, que, por otra parte, no se dirige ahora á los príncipes cristianos, sino al Papa cismático de Rusia y á los hereges de Alemania.

El legado apostólico no se llama Ademaro, aunque se pone la cruz colorada, y desea que España,—que por hallarse ocupada en guerra de moros no fué delante en la primera cruzada,—forme ahora la vanguardia, como si los moros hubieran liquidado con nosotros.

El Gobierno hace como que se entusiasma; pero tiene presente lo que sucedió al arzobispo de Toledo, D. Bernardo, que habiendo sido el primero que reunió tropas españolas para llevarlas á Tierra Santa, se encontró con que tan pronto como realizó la idea, los canónigos de la Iglesia primada nombraron otro prelado, y el que habia marchado á la guerra no tuvo tiempo de llegar á ella.

Pero el Ermitaño cuenta hoy por discípulos á los neos y casi neos, renegados de todas comuniones, que hacen consistir su elocuencia en lo destemplado de sus voces.

Hasta ahora las predicaciones no producen soldados.

Por lo que hace á los príncipes cristianos, no dicen esta boca es mia, y la gritería de Madrid, con ser tan chillona, no llega, á lo que parece, á los hereges, en quienes, sin embargo, pone toda su esperanza la cruzada religiosa.

¿Qué cruzada es esa? ¿A dónde piensan ir esos campeones, los unos poniéndose á toda prisa el traje de ciudadanos de un país constitucional, sobre los hábi-

tos de fraile salpicados con la sangre de la guerra civil; los otros encapillándose la túnica de la Compañía de Jesus sobre el frac de diputado, cuando no sobre el uniforme de la Milicia ciudadana?

— Los campeones no piensan ir á ninguna parte más que á los ministerios, si les dejan entrar, aunque sea por un resquicio; buscan quien vaya á Roma, no por lo que les importe semejante viaje, sino por lo que pueda suceder en Madrid á consecuencia de ir á Roma; no por espíritu religioso, sino por ambicion política; no por lo espiritual, sino por lo temporal.

— Pero al fin, ¿qué sucede en Roma?

— No sucede nada nuevo en lo espiritual; la cristiandad está como estaba, si se olvida la Siria como la olvidan los nuevos cruzados; no se oye una sola voz en toda la Europa católica, que no pronuncie las frases más respetuosas y de adhesion más completa á la cabeza de la Iglesia.

— No sucede nada nuevo en lo temporal; nada que no estuviera previsto hace siglos, como se prevee hoy que la vejetacion que estamos viendo morir ahora, ha de revivir sin falta en la primavera próxima; que tras de la oscuridad de esta noche vendrá la claridad del sol de mañana, aunque la humanidad entera se empeñase en que no amaneciera.

— Habia en Italia un poder puramente temporal, completamente independiente de todo otro poder, que se creó á espensas de la existencia política de aquel país, que le impidió marchar como todos los demás pueblos de Europa, que le estorbó buscar su salvacion en la

unidad, que suspendió en aquella tierra el soplo de la vida civil, que impidió al estado político organizarse y desarrollarse, que absorbió todas sus facultades, que desnudó á Italia de todas las condiciones de nacion y la dejó al arbitrio de todos los centros de organizacion politica de Europa.

Cuando la obra fué llevada á cabo y no quedó allí síntoma alguno de movimiento ni de vitalidad civil; cuando en el siglo xvi Italia entró en la via de su ruina, aquel poder temporal la dijo: «Has muerto, pero yo voy á hacerte reinar; te has inmolado á mí, pero yo voy á darte el triunfo sobre el mundo. Yo he absorbido todos tus derechos, toda tu vida, todo tu porvenir; nada existe en tí más que yo; te has sacrificado enteramente á mí; pero tú vas á ser la que reines con mi reinado, porque yo haré de la tierra entera una Italia semejante á tí, escepto tu sol y tu belleza. Yo impondré al mundo los pensamientos de muerte que se elevan de enmedio de tus lagunas y de tus pueblos desiertos, y en todas partes, como aquí, habrá un gran silencio: tú te reconocerás en todas, y cada una de ellas te enviará una corona fúnebre; en todas partes, como aquí, lo espiritual hará palidecer lo temporal; la yerba crecerá en el mundo civil como en la campiña de Roma.» Esto fué lo que dijo el ultramontanismo.

La promesa empezó á realizarse: otro país, bello como Italia, se prestó á servir de ensayo á las doctrinas ultramontanas por espacio de trescientos años, y se abandonó sin reserva á ellas, para que mostraran lo que podian hacer por sí solas en favor de los pueblos

modernos. Como primer elemento de vida, se encendieron las hogueras para la muerte: Sevilla sola se dispuso á quemar 16,000 personas en 20 años. Pero eso no bastaba: era preciso que despues de cerrar las fronteras á toda idea nueva, ocupara su recinto un gran rey, un alma imperturbable como la de Felipe II, en quien se personificára el génio de la reaccion: los pinceles del Ticiano y de Rubens, no han podido aclarar con un solo rayo de sol aquella pálida, aquella siniestra fisonomía, aquel espectro real, monarca inflexible de una sociedad muerta.

Para no escuchar el murmullo de la vida nueva, fundó con una palabra su capital en Madrid, en un desierto; condujo y encerró á su pueblo, tanto como podia en una Tebaida, y para librarse del último resto de ruido, se refugió al pié de las rocas del Escorial; se rodeó de 400 monjes de San Gerónimo, ocupados dia y noche en separarle del mundo de los vivos; se metió en una celda, en una cueva, donde apenas penetraba la luz del dia mezclada con la de los cirios; y desde este sepulcro tenebroso, salió el espíritu de reaccion, que aquella alma de hielo iba infiltrando en todas las extremidades de España, hasta paralizar el gran corazon de los castellanos, tan ardiente hasta entonces, como si hubiera sido templado por el sol de la Arabia.

¿De qué manera ha sido rota la máquina inmensa de reaccion entonces construida? ¡Hé ahí lo extraordinario! ¡Por sí misma! Llegó el siglo XIX; Napoleon quiso borrar hasta la sombra de Felipe II, y salió de los monasterios la milicia santa, con la cruz en una mano y la

escopeta en la otra; la democracia y el ultramontanismo se unieron con su sangre en Madrid y en Zaragoza; los monjes triunfaban; la reaccion recibia su corona; pero cuando se disponian á gozar del triunfo, pereció con el triunfo de España.

En medio de la exaltacion universal, el pueblo dijo al ultramontanismo: «Yo te he defendido en Ocaña, en Talavera, en Bailen, en Vitoria; yo te he salvado, yo te he vengado. Mientras que los demás pueblos han elegido por sí mismos su camino, yo te he permanecido fiel; yo no he querido, yo no he buscado más que á tí para conducirme á la nueva vida: ahora que tus enemigos han huido, pronuncia una palabra de vida para mí; condúceme hácia el porvenir de que las demás naciones hablan y que yo desconozco.» El ultramontanismo no supo qué responder, y volvió á encerrarse en sus monasterios, de los cuales no salió una plegaria, ni un suspiro, para el pueblo hambriento de esperanza: el pueblo comprendió entonces lo que podia prometerse del cruel ensayo á que se habia prestado por espacio de dos siglos; se separó de él, y buscó en sí mismo el presente y el porvenir.

Italia, pues, tuvo por compañera de martirio á España; pero no tuvo ninguna otra nacion que la proporcionase el triste consuelo de una suerte comun: España, despues de encontrarse frente á frente con hombres que solo pronunciaban palabras de ódio y de exterminio, cuyos labios acostumbrados de antiguo á la sangre de las guerras y al himno del rencor, no podian encontrar la palabra de paz, de reconciliacion y

de alianza, tuvo que luchar en los campos de batalla, con los que hacian del Santo Cristo un arma de guerrillas, y no veian en él al sublime Pastor del mundo. Pero en la lucha renació y recobró su libertad: encontró el camino del progreso por donde la precedian las demás naciones felices, y jadeante aun por el cansancio de tantas luchas, le emprendió con ardor, pugnando por salvar la inmensa distancia que debia recorrer, para ganar su retraso de 200 años por un ensayo desgraciado.

Italia quedó siendo el único país donde el ensayo continuaba aun: veia que se iba extendiendo un sentimiento profundo de identidad del espíritu cristiano en el mundo moderno, y ella no se asociaba á ese movimiento; veia que los miembros de la familia dispersa de Jesucristo se acercaban y se entendian, de un extremo á otro del universo, y ella continuaba inmóvil; veia que el gran rebaño trataba de reunirse despues de la tempestad, y ella permanecia sin union entre sí misma. Viendo delante de sí abierto el camino de salvacion, por donde la misma España, su compañera de infortunios, se dirigia al porvenir, dijo como ella despues de la guerra de la Independencia, y se lanzó al fin, guiada por su génio, á donde la llamaba hacia tiempo su estrella y la ley de su existencia, escrita en todas las almas.

Esto es lo que ha sucedido en Italia; esto es lo que está sucediendo en Roma; lo que sucedió en España á principios del siglo actual; ¡y para oponerse á que Italia haga lo que en España hicimos, es para lo que se predica una cruzada de españoles!

La cuestion de Roma es un pretexto ; no más que un pretexto, que explota la reaccion, haciendo siempre tentativas en todas partes, y perdiendo en todas terreno ; porque mortal para España, mortal para Italia, es mortal para Europa toda y para el progreso de la vida verdaderamente religiosa.

Nosotros hemos preguntado á los neo-católicos cuál es el objeto de la nueva cruzada, y nos contestan, que combatir las persecuciones á la religion.

Nosotros les hemos rogado que nos digan (sin sonreirse), la hora del siglo XIX en que la filosofia ha perseguido á la religion, para que les paguemos esta confianza con otra (*si nos dejan*), y nos contestan que «ahora que la Italia ejerce su derecho de disponer de sí.»

Nosotros les hemos preguntado, si el país que con tanta justicia cree llegado el caso de quitar al rey de Roma la direccion de sus destinos, deja de recocer en la cabeza de la Iglesia á su Soberano espiritual ; si el poder temporal es indispensable al Pontificado, y nos contestan que «sí ;» no dando más razon de esta afirmativa, que la de que en otro caso viviria en la dependencia de cualquier nacion.

Nosotros les probamos con la historia en la mano, que jamás, y cada dia menos, ha gozado de independencia el poder temporal de los Papas ; que siempre ha sido un semillero de males para la religion : les citamos el Evangelio para demostrarles que la soberanía temporal está reñida con la soberanía religiosa ; y en vez de confesarnos que no han leído, ó no quieren leer,

ni el Evangelio ni la historia, apelan entonces, por todo argumento, á la injuria y á la calumnia; nos mandan callar, y vuelven á gritar como furias: «¡A Roma! ¡A Roma! ¡A salvar la religion!»

Por medio de la libertad de pensar piden que se ahogue la libertad del pensamiento, y ponen delante de sus doctrinas las prisiones y el patíbulo: necesitan el silencio, y—con su órden de ideas concebimos esa modestia,—consentirian en luchar, pero con adversarios encadenados de antemano.

Mientras consiguen este resultado, llenos de ira contra toda doctrina que no sea la suya, prefieren, á discutir las, trastornarlas, desfigurarlas, insultarlas, abofetearlas, sacudirlas, despojarlas; y cuando han descargado su vocabulario, cuando está para faltarles el aliento y los epítetos, aprovechan el último respiro para volver á dar por toda razon el grito de la nueva cruzada: «¡A Roma!»

¡Sea! Puesto que el mochuelo ha gritado desde la muralla arruinada, y dá la señal del último combate de la noche al dia, aceptemos el combate. Hé ahí los verdugos de la idea, á cara descubierta; preferimos verlos así, á que se cubran con la máscara de la libertad. Nosotros colocamos resueltamente nuestra creencia sobre la más alta torre de la ciudad, para que todo el mundo pueda conocerla, en toda la circunferencia del horizonte, y bendecirla ó insultarla, segun el temperamento de su inteligencia. Lejos de huir de nuestros adversarios, los desafiamos; entre ellos y nosotros no es posible el acuerdo: España es demasiado estrecha

para contener nuestras dos ideas, ellos lo han declarado así los primeros, sobre la tierra húmeda aun con la sangre de la guerra civil; su última palabra, es pura y simplemente la promesa de una restauracion de la edad media, con una nueva adición corregida y aumentada del Código inquisitorial. Preparémonos á encerrar el espíritu viejo en su agujero entre las ruinas, y á reducirle á la impotencia, para que no vuelva á verter á nombre de Jesucristo sangre cristiana.

Pero no olvide el ultramontanismo, que en el momento en que apele á la fuerza para proteger sus ideas, ha cesado de creer en ellas antes que nadie, ó al menos publica su derrota á los ojos de la inteligencia.

Mientras la cruzada no pase de la predicacion,—y creemos que no pasará,—nos contentaremos con oponer á los insultos de los neo-católicos, un reflejo de la dulzura evangélica.

Si la cruzada se tradujese en hechos, y la cuestion de Roma sirviera efectivamente de pretexto para una nueva tentativa reaccionaria, nosotros, soldados no importa de qué fila,—que hace tiempo hemos arrojado muy lejos toda prenda de paz con los hipócritas, para que la recoja quien la encuentre útil,—combatiremos sin tregua; no para rescatar en las venas de los eternos enemigos de la libertad la sangre de nuestros padres, que con tanta abundancia han derramado, siempre que han encontrado ocasion. ¡Librenos Dios de intentar la venganza de sangre! Somos más crueles que todo eso; queremos cubrirlos con sus propias ideas, á fin de que al verlos pasar, diga todo el mundo: ¡Esos son! Entre

ellos y nosotros, la discusion basta para que encontremos justicia ; la verdad será su patíbulo ; á sus terribles amenazas contestaremos nosotros con otras amenazas: los expondremos al público, pero será.... bajo el árbol de la verdad.

Diciembre 13.—1860.

II.

Es curioso, aunque al mismo tiempo es repugnante, pasar revista á los misioneros de la cruzada española para restaurar á Antonelli en el poder de Roma.

Figuran en primera línea los exíguos restos del absolutismo ráncio, el reducidísimo grupo de mómias del antiguo régimen, dispuestos á irse de este mundo al otro, sin poder comprender que haya la menor diferencia entre los tiempos en que empezaron su carrera, bajo la proteccion de algun tio, prior de Gerónimos ó familiar del Santo Oficio, para llegar á ser alcaldes de casa y corte ó regidores perpétuos, y entre la época actual, en que su último rey y señor ha abdicado desde una tarriana para que su inmediato sucesor en la dinastía imaginaria de estas gentes caducas, llamára á un personaje, conocido de los habitantes de Madrid, con el objeto de decir por su conducto á los absolutistas, que renegaba de ellos, de su pasado y de su propia casta.

Estas individualidades, últimos vestigios de la ruina de un edificio desplomado, conocidas en Oñate con el donoso nombre de *ojalateros*, porque su único apoyo á D. Carlos consistió en exclamar á cada castillo en el aire que para su entretenimiento fabricaban: « ¡ojalá! ¡ojalá! » merecerian que se les permitiera el desahogo de auxiliar de la misma manera el poder de Antonelli,— que alguno ha de concedérseles en los últimos dias de su vida,—si no hubieran traído hasta ellos las tradiciones del Santo Oficio, que aprendieron en su juventud y que procuran inocular en la actual, para que la reaccion no pierda jamás nada del carácter que siempre la ha distinguido en España: en otros países, en Francia, por ejemplo, las palabras absolutistas son aun ardientes, aceradas como flechas, pero van teniendo cierto pudor, cierta dulzura, que las impide al menos, mancharse en sangre; la reaccion ha sido al fin un tanto invadida por la filosofía, y trata de ganar terreno por medios invisibles y más suaves. Entre nosotros, la menor ocasion, el menor pretexto la sirve para renovar enseguida el grito de exterminio y disponer con su antiguo furor, y como gentes que juegan la última partida, el auto de fé del siglo xix. Nosotros lo decimos con toda sinceridad: no solo no abrigamos rencor alguno á estos hombres de inteligencia debilitada, aunque son responsables de tantos males, sino que además de perdonárselos los compadecemos, por la sola razon de que, perdidos ellos, están condenados á la terrible expiacion de bajar al sepulcro, dejando perdida tambien para siempre la causa de toda su vida.

Han podido aprovechar su desgracia para labrar una esperanza, y se han atraído una condenación; han podido, al abrigo de la soledad del último tercio de su vida, regenerar su partido, intentar darle un alma nueva, instruirle, engrandecerle, hacerle siquiera un tanto interesante por el dolor, y han perdido la única ocasión favorable, el período de una transición, concluida ya, sin renunciar á la pasión de la cólera y la venganza; han tenido oportunidad de preparar las cosas para que pudieran lisonjearse con la ilusión de que les abriera la puerta un soplo del porvenir, y no han renunciado, ni es ya tiempo de que renuncien, á que le abra la mano fría de esos muertos petrificados, que no han querido resucitar.

En segundo término, y como herederos de aquellos desgraciados, se presentan los neo-católicos, con todos los vicios de los absolutistas rancios, y sin la virtud que les dá cierta respetabilidad: la obstinación en sus principios, la consecuencia en sus doctrinas.

Fijémonos con más detención en este cuerpo de advenedizos, que en el grupo de inválidos á cuyo frente hemos pasado: estos eran lisiados de la campaña ojaltara, que al cabo de treinta años no han podido aprender más que esa palabra: «¡ojalá!» pero que al fin hace treinta años que *ojalatean* juntos; los otros, los que constituyen la energía de la cruzada, forman el conjunto más abigarrado y más peregrino del mundo, como que en esos treinta años no han hecho otra cosa que contradecirse los unos á los otros.

Tal jefe de una legión terrible (manejando el alfa-

beto), que se distingue por sus hazañas contra los *negros*, lleva en sus venas sangre que no era blanca; escribe con tinta que ha brotado de un manantial que encontró en los bienes nacionales; y para ponerse el uniforme de absolutista combinado con el de palaciego, necesita quitarse el frac de diputado, con que, puesta la mano sobre los Evangelios, juró las instituciones liberales.

Todos los jefes de la legion siguiente, están infestados de liberalismo: el que no ha recibido dinero constitucional por servirse de una plaza de oficial de secretaria, ha sido oficial, ó sargento, ó cabo, ó miliciano nacional, para llegar al sueldo en el ministerio; el que no ha jurado el sistema representativo como miliciano, le ha jurado como empleado, le ha sostenido como diputado, le ha defendido como periodista, ha hecho causa comun con las doctrinas de *El Español* ó ha sido conservador del puritanismo constitucional en *El Tiempo*.

Más allá, el mismo espectáculo: si os asombra entrever una boina descolorida en los campos de Navarra, vedla compensada con un giron de *El Espectador*, periódico progresista que asoma en el bolsillo del compañero de filas.

La retaguardia de la division no desdice de la vanguardia y del centro: allí lleva la voz quien ha tenido el cargo de cuidar de la disciplina de los periódicos, incluso los absolutistas, á nombre de un gobierno que afecta ser constitucional y de quien recibia el lápiz encarnado, que constituye la herramienta del oficio y el sueldo que va pegado á la herramienta.

Los pendones que dirigen á estas bandas, no son menos abigarrados ni menos grotescos que la facha de ellas: el uno tiene por lema el absolutismo añejo, el otro el absolutismo mogigato, el otro el absolutismo-calavera, el otro el absolutismo semi-doctrinario, el otro el absolutismo acomodaticio, todos el absolutismo como elemento de interés, es su sola unidad: pero todos emplean el rato que les deja libre el ejercicio y la organizacion, en luchar entre sí: lo añejo rechazando á lo calavera, lo calavera llamando chocho á lo añejo, lo mogigato declarando sospechoso á lo semi-doctrinario, lo semi-doctrinario acusando de imprudencia é insensatez á lo mogigato, lo acomodaticio, en fin, empeñándose en llevar de la mano esta fraternal agrupacion de contradicciones, para ofrecerse á otra union semejante á la llamada liberal por los chuscos.

Lo singular es, que si los neos dan á la compañía el aire de partido, es por las ventajas que encuentran en las instituciones liberales; si tienen algun medio de manifestar lo que dicen que desean, esta manifestacion, en que consiste toda su fuerza, la deben á la libertad de imprenta; si el país se apercibe de ellos, es únicamente por obra y gracia del sistema representativo.

Sin la imprenta, sin las Córtes, ni el uniforme de las antecámaras de palacio habria alcanzado quien descendia de un *negro*; sin el periodismo, sin la diputacion, ni prosa, ni verso, ni novelas, ni leyendas, ni gacetillas, ni artículos hubiera habido para sacar de la oscuridad á los que han explotado estos elementos para que se sepa que existen; ni hubiera habido *Español*, ni

Tiempo, ni *Espectador*; ni votaciones por medio de las cuales se llegára á ocupar destinos; ni intrigas parlamentarias que servir para adquirir amistades ministeriales.

Los que han tenido por oficio manejar el lápiz encarnado, se hubieran encontrado con que el monopolio de esta industria pertenecía al Santo Oficio; los que han tomado el papel de hombres políticos, hubieran tenido que tomar, por dedicarse á algo, el hábito de legos de algun convento; los aficionados á la literatura, hubieran necesitado para immortalizarse, consagrar su talento á escribir desde el fondo de una celda, á la luz de un velon de cuatro mecheros segunda parte de aquel tratado del neo-catolicismo clásico, titulado: *Alfalfa para los borregos de Cristo*; esto, en el caso de que algun hermano de la órden no denunciara á la Inquisicion los olvidados extravíos de su juventud, y presentára al tribunal, tal cual himno patriótico, tal cual período sospechoso escrito por ellos, que no por antiguo y olvidado les privára del placer de dejar inédita la *Alfalfa*, para experimentar las dulzuras del absolutismo *neto*, como le quieren los rancieros.

Fácil era de adivinar que un bando semejante debia tener una táctica en consonancia con él: esta táctica lleva por título y por divisa una palabra: hipocresia; pero entiéndase bien que es la hipocresía religiosa la más repugnante de todas.

Nosotros respetamos infinitamente al devoto sincero que, aun despues de una vida borrascosa, confia su alma al cura de la parroquia con la docilidad de un sier-

vo, ayuna, vela, reza, mortifica la carne, introduce voluptuosamente en su piel la punta del cilicio, y busca su salvacion concienzuda y modestamente como quiere el Evangelio, sin poner al público en la confidencia de su santidad, ni llenar á cada instante el templo con el ruido de sus interjecciones ó de sus suspiros. Lo que no admitimos, lo que no toleramos, es que quien, por ejemplo, haya hecho del excepticismo un cómodo pasaporte para penetrar por todas partes, que quien haya llenado á la capital con la anécdota de sus pasiones, que quien haya roto con su inmoralidad la piedra de su hogar y la del ageno, que quien se haya abierto camino con sus peroratas tribunicias desde la oscuridad al poder, se vista de cándido, tome el papel de apóstol y pretenda dar ejemplo de religiosidad, para cubrir con la careta de la religion la pasion política, la ambicion.

Nosotros no nos admiramos del que de un salto pasa de la indiferencia religiosa á San Ignacio de Loyola: estas conversiones no son comunmente un secreto, no engañan más que al que quiere engañarse: el que nos repugna es el que despues de hablar de un modo, se expresa de otro; el que lleva en el bolsillo dos caretas, como si asunto tan importante fuera una intriga de Carnaval; porque esto daña á la religion é introduce en la sociedad una perturbacion profunda.

Nosotros no aceptamos esas creencias á voluntad, sobre el primer problema del destino: desde el dia en que tuvimos razon, sentimos la necesidad de saber exactamente lo que creiamos, para poner cada hora de nuestra vida en armonía con nuestra conviccion; y no

solamente necesitábamos creer, sino proclamar con la cabeza alta lo que creíamos.

Nosotros prestamos nuestros juramentos con la seriedad que merecen: los neos son menos escrupulosos: quien, casi demócrata jura una cosa al empezar su carrera política llevando la bandera de un batallón de la Milicia de Madrid, no vacila en seguir jurando contradictoriamente hasta salir del ministerio para tomar una jefatura nea; quien torquemadista en otro tiempo, juró en la Granja ó en Oñate consagrar su vida al absolutismo, no vacila en ofrecerse en Madrid á jurar el sistema constitucional, si le dan lo que pide: el ardor religioso de los neos, está subordinado, por lo que hemos visto, á que haya un ministerio á su gusto; á que algunos de ellos estén empleados ó cesantes; á que convenga á sus miras echar mano de la religion en una situacion más que en otra.

El neo-catolicismo ha templado de nuevo, al entrar en la campaña de Roma, las armas roñosas que de tan antiguo viene usando, para destruir las razones á mandobles: Víctor Manuel es un *asno*, Garibaldi un *oso*, Napoleon un *pillo*, los napolitanos *ranas*, los piamonteses salteadores de caminos, y en fin, para abreviar, todo el que no piense como ellos, un *animal*: esta manera de hablar es el medio abreviativo que tienen los neos de demostrar su razon y la sinrazon contraria. Es una prueba por anticipacion, que dispensa de ninguna otra y economiza trabajo á la opinion pública, á quien se le llama *asno*, se le pide que se calle, y eso hará, si no pertenece marcadamente á la especie; ¿qué podria con-

testar á ese argumento que no fuera una coz? «Eres un asno;» esto, dicho de cierta manera, con aire de predicador y como argumento religioso, corta en el instante una cuestion; por nuestra cuenta, aceptamos con toda humildad la parte que nos corresponde del cumplimiento; somos un poco aficionados á la filosofia, y si no lo fuéramos, tendríamos que parar en serlo para llevar con paciencia lo que oimos.

Conviene, sin embargo, que hagamos á los neos una advertencia para lo sucesivo: es posible, es hasta probable que declaren, como en otra ocasion, que *no les dá la gana* de leer nuestra advertencia; no importa, nosotros la escribiremos y alguno la leerá.

Se puede diferir de opinion, pero precisamente porque se difiere, se puede tambien discutir racionalmente, sin apelar á palabras gordas y á los insultos: no hablaremos á los neos de caridad, lo ofrecemos desde ahora: la palabra está en desgracia, y atrae infaliblemente una injuria; desde que leemos ciertos periódicos que tienen la caridad por oficio, vamos desconfiando de esta virtud, que suele ser siempre la precaucion oratoria de una impertinencia: nos contentaremos simplemente con la cultura: es una virtud moderna, ciertamente; profana, sin duda alguna; pero más fácilmente comprendida, y segun parece, más fácilmente practicada.

Antes de concluir nuestra revista á los cruzados, y dejando á un lado la prensa ministerial, que á regañadiente ha ido á hacer bulto á su lado, digamos dos palabras á la situacion, dos palabras dictadas contra nuestro interés, y en interés suyo.

El gobierno, creyendo escoger el camino que le salve de su torpeza, toma el que conduce al precipicio; despeje el terreno: la cuestion de Roma está planteada con toda claridad; los tiempos de los equívocos han pasado; es preciso que cada uno diga lo que tiene en su conciencia: el ministerio padece una enfermedad singular; tiene miedo de creer, y cuando por milagro cree, tiene miedo de que el eco lo diga; lo que lucha á pretesto de Roma, es simplemente la libertad y el absolutismo: esto no tiene gran interés para el ministerio, convenido, pero esto sí lo tiene: en el absolutismo va la amenaza del tropezon, y precisamente en ese tropezon está la esperanza de la libertad: con esta franqueza y esta abnegacion nuestra, le prestamos mayor servicio que toda esa falanje de periódicos ministeriales reunida. Si el ministerio logra que las Córtes le complazcan haciendo de obstáculo para que no se incline á Roma, no habrá conseguido sostenerse más que á medias; su seguridad está en tener iniciativa y energía para negarse: una sola dificultad podria quedar para esto, la de que el alma del ministerio fuera tambien mogigata; advertimos que antes de señalar esta dificultad, hemos tomado precauciones para que no se oiga reir á nadie; estamos seguros, la puerta tiene corrido el cerrojo.

Noviembre 10—1860.

ROMA.

I.

Los sucesos han renovado la antigua discusion sobre el poder temporal del Sumo Pontífice; la Europa se ocupa de una nueva controversia, sobre un asunto agotado ya y juzgado hace mucho tiempo; los acontecimientos del dia han sido causa de que, evocando la historia se recuerde el origen de aquel poder y se repita la demostracion de su índole verdadera, involucrada de propósito, ahora como siempre, con otro poder enteramente independiente.

Poco ó nada nuevo puede añadirse á los argumentos de tantos ingenios privilegiados, como han discutido esta cuestion largamente apreciada á luz de la historia: pero hay en ella un lado que importa investigar, que

importa establecer en las circunstancias actuales: no la fuente del poder temporal, de todos conocida; no la legitimidad de su manantial; no sus condiciones de estabilidad, iguales cuando más á la de los poderes de todos los Estados; no la independencia absoluta del poder espiritual, con cuyo carácter permanente y sagrado quieren escudar algunos lo que es puramente civil, sino los resultados que ha dado el poder temporal á los pueblos por él regidos.

Ante todo conviene observar, que en momentos como los presentes, en que la situación de Italia ha excitado fuertemente las pasiones, en ninguna parte, de ningun punto, de ninguna pluma ha brotado una sola palabra de agresion al poder altísimo que ejerce el Papa como jefe de la Iglesia: y esto cuando muchas plumas imprudentes, en muchos puntos, en varias partes, han creído y creen oportuno tomar el papel de defensores del poder temporal, á costa del poder espiritual, y añadiendo á este sistema reprobado la táctica de las injurias, de las imprecaciones y los anatemas, contra los que, dando ejemplo de caridad cristiana, discuten con razones y no con insultos; replican con argumentos á las amenazas; y devuelven por cada ultraje un perdón, por cada calumnia un consejo de *no mentir á la multitud*, para sublevarla en defensa de lo que nadie ataca.

Lo combatido es lo que está sujeto al combate, en Roma como en todas partes; el gobierno temporal, el gobierno político de unos pueblos que tienen igual derecho, ¿qué decimos igual? más, mucho más derecho que todos los del mundo, á juzgar su situación y á dis-

poner de su porvenir: esta situación es la que nos proponemos examinar, apreciando su pasado.

La acción política de los Papas reposa en una inmensa esperanza, á la cual se prestó todo un pueblo. Italia, la antigua reina del mundo, tuvo después de su caída la ambición más grande que ha alimentado nación alguna: en el momento en que fué destronada, en el momento en que vió desvanecidos sus sueños de imperar sobre el universo, suscribió á inmolarse por la esperanza de revivir con el poder que debía dominar fácilmente el mundo; este fué el precio á que vendió su nacionalidad: toda una raza de hombres hizo el sacrificio absoluto de su existencia temporal, por la esperanza de un reinado espiritual sobre la tierra; así se explica la desaparición de aquel pueblo, que se prestó á servir de pedestal con sus ruinas, á condición de someter á la humanidad entera.

Italia llenó fielmente las condiciones de este contrato: se comprometió á morir, y cumplió su palabra. ¿Cumplió Roma la suya?

Desde el principio se vió que aquella nación no tendría el destino de las demás: una esperanza extraordinaria la trabajaba; apenas bajo la administración de los lombardos empezó á tomar forma de pueblo, después de las invasiones, cuando una mano, la mano del Papa, llamó al extranjero: el extranjero llegó y destruyó este bosquejo de imperio italiano; sus despojos sirvieron para formar una multitud de Estados pequeños, que en vano trataron de unirse entre sí, porque algo superior á ellos los separaba.

Como el poder de los Papas no dispone por sí de ninguna fuerza material, se vió en la necesidad de llamar á su socorro la fuerza extranjera, que impidió el desarrollo del poder nacional, y no se encuentra capaz de reemplazarle: por fin, cuando no quedó de todos aquellos pequeños Estados más que Florencia, Clemente VII, para consumar la obra, llamó otra vez al extranjero contra Florencia, su patria, y la nacionalidad italiana pereció en su último abrigo: sobre sus ruinas se elevó el poder absoluto del papado moderno.

¿Qué dirían, si hoy revivieran esas generaciones de Güelfos que en todas las ciudades de Italia desaparecieron en la edad media, convencidas de que abandonando su país al papado, le legaban el poder que tenía en su mano toda la energía del porvenir? Verían que ese poder, poco á poco confinado dentro de sus murallas, en vez de atraer la Grecia disidente, ha perdido una tras de otra la Rusia, la Alemania, la Suecia, las islas Británicas y una parte de la Francia, y llevando la mirada al otro lado del Océano, verían separada de Roma la mitad más viviente del nuevo mundo. ¿Fue esa la política sagrada por la cual todo un pueblo suscribió á desaparecer de la tierra?

Estos sentimientos han sido expresados con una energía extraordinaria en la edad media, por los grandes escritores de la Italia que conservaban la verdadera tradición nacional: mientras quedó alguna esperanza de salvar á Italia del suicidio, se oyeron voces elocuentes que la conjuraron á esperar aun; si la política de los Papas era verdaderamente sagrada, nada más

sublime, nada más cristiano, que el sacrificio de una nación que por ella corrió al abismo y en él desapareció; pero por el contrario, si esa política no tenía, como todas las otras, más que un valor precario, temporal; si no era eternamente divina, ¡qué error tan deplorable!

Tal fué la duda que brotó en los talentos del siglo XIII, y de ahí los clamores terribles del Dante, que encontraron eco en Petrarca, en Bocacio, y por fin en Machiavelo. Dante, especialmente, hizo esfuerzos sobrehumanos para arrancar la ilusión á su país; ni Lutero, ni la reforma, han hablado del papado en términos más violentos: pero la suerte estaba decidida: Italia debía someterse.

Veamos ahora el lenguaje de las nuevas generaciones de escritores que hablaron en nombre del poder temporal, cuando á fines del siglo XV todo se había consumado. En vez del triunfo que esperaba compartir con el Papa, la Italia se sintió prisionera de guerra: ¿qué la decían entonces los escritores más generosos, los Savonarola, los Campanella, los que deseaban sinceramente verla emancipada? ¿Sabeis qué nuevo remedio la proponían para tantos males en nombre del poder temporal? Nada más increíble: Savonarola, el tribuno evangélico, no veía otra medicina que sufrir más todavía: que Italia no esperase nada de la tierra, ni de sí misma; que se dejara azotar y crucificar por todos los pueblos; que muriera voluntariamente y descendiese al sepulcro sin defensa, como Lázaro. Tal era entonces la política del papado: para consolar á Italia de su mise-

ria, se la aconsejaba ser más miserable aun : Italia siguió todavía el consejo : durante siglo y medio fué la mártir inerte que quería Savonarola ; entró en el sepulcro tanto como puede entrar una nacion , y se dejó abofetear por todos los que fueron á visitarla.

Llegó el siglo xvii : veamos qué decían á aquel pueblo, despues de una obediencia tan pasiva, los nuevos escritores inspirados por el poder temporal de los Papas, Chiavera, Filicaja, templaron su poesía en el espíritu de la reaccion religiosa : ¿qué palabra de vida pronunciaron viendo que la medida de los males estaba colmada, y que era tiempo de pensar en que participase el pueblo del renacimiento y del triunfo de la Iglesia? Pero la época de los tristes consejos es un tiempo de alegrías en comparacion de las promesas de Chiavera y Filicaja : Italia oye siempre la misma voz ; es que está condenada á acabar de morir : *¡Sufre, miserable, sufre!* La dice el piadoso Filicaja : *¡ser esclava ó morir! reflexiona y elige!* Ni una palabra más sale de los labios de estos profetas de la muerte.

En esto hay al menos un eco de la cólera bíblica, el ruido sordo de un cuerpo que cae en la sepultura : este vigor del desprecio ocultaba tal vez un resto de vida nacional ; pero ¿qué vemos más tarde cuando acompañado con el canto de los muertos, nunca interrumpidos por un solo canto de renacimiento que parta del papado, llega hasta nosotros esa especie de entierro de un pueblo entero? Italia, galvanizada un momento por Napoleón, vuelve á caer en su sepulcro, y los escritores inspirados por el papado, Manzoni, Silvio Pellico, sin

lanzar una queja, se resignan; el dolor de la desaparición de Italia no les exalta; para ellos la ruina está consumada hace siglos.

Esta es, en resúmen, la obra del poder temporal; el papado y la Italia celebran un contrato; aquel prometió á esta la supremacía universal en compensación de su ruina: Italia aceptó: la ruina se consumó: la promesa no se realiza: el mundo contó un pueblo menos y el papado se sentó sobre aquel cadáver, que se extendía de los Alpes á la Calabria.

¿Qué debemos deducir de esta terrible historia? La causa general de este espectáculo, que es el desden de Roma por las nacionalidades: durante varios siglos ha presenciado la disolución de Italia sin proferir un lamento: en nuestros días ha visto perecer á Polonia: que pudo tal vez salvarse con una voz del Papa; pero no hubo idea siquiera de dar esta voz: lejos de presentir la resurrección de Grecia, Maistre dijo: que el mayor mal que podía sobrevenirle, era sacudir su esclavitud.

Esta impasibilidad tan extraordinaria, es efecto de un principio general: aquí mismo estamos acostumbrados á oír: el Estado, la España, es decir, la patria, cosas pasajeras y precarias en comparación del poder eclesiástico, que como tal, es eterno: el siglo, la época, es decir, cierto número de años y de horas, que no merecen la consideración del poder que dispone de siglos de siglos, que ha de sobrevivir á las nacionalidades efímeras y pasajeras: este desden de las nacionalidades es un desden de los pueblos en su fuente más

pura y más profunda; ¿forma, por ventura, parte de las bases eternas de la Iglesia esa abstracción del seno de los pueblos? Los profetas hebreos amenazaban á Jerusalem; pero en su destrucción veían su renacimiento, la lamentación iba seguida de la alegría: esas formas originales que los pueblos reciben desde su origen, no son para miradas con desden, porque constituyen un sello del Criador que las vió nacer; la nacionalidad de un pueblo no es para mirada con menosprecio, porque es para él como la conciencia para el hombre.

Este desden ha producido un resultado que se está tocando: Roma ha mirado con indiferencia esa conciencia íntima de las sociedades, y las sociedades la devuelven hoy su indiferencia: Italia esperó el cosmopolitismo que debía hacerla nuevamente cabeza del mundo; pero los pueblos, obstinándose en conservar su vida propia como un don de Dios, la dejaron sola, y únicamente ahora que vuelve en sí por su propia energía, y que dejándose de sueños que tanto la han costado, pugna por recobrar, no ya el dominio universal, sino su vida propia como los demás pueblos, es cuando al desden recíproco reemplaza la simpatía y el deseo de que, elevada por su independencia y su unidad á la condición de nación, entre á fraternizar con las demás naciones.

Para apreciar la singular evidencia de estas ideas, no hay cómo estudiar el papel que hizo el papado en medio de los grandes acontecimientos que cambiaron el mundo á principios de este siglo: no hay cómo observar cuál ha sido su política desde entonces hasta la



exaltacion del bondadoso Pio IX : no hay cómo examinar qué fué de su generoso deseo de tomar la iniciativa en la resurreccion de Italia, haciendo revivir sus Estados : este estudio justifica plenamente la actitud que hoy observan todas las naciones de Europa, y á él consagraremos otro artículo.

Octubre, 2.—1860.

II.

El siglo XIX encierra un tesoro de instruccion para apreciar el poder temporal del Vaticano : Napoleon sacó al Papa de la ciudad Eterna y le llevó al centro de su accion, con el propósito de fundir en su mano á Roma con Francia : más tarde, en Santa Elena ya, comprendió que habia intentado un absurdo ; pero antes empezó á observarse el fenómeno más extraordinario y más inesperado : un hecho que daba por tierra con todas las ideas admitidas hasta entonces acerca de la Santa Sede.

Cuando Napoleon caia, el Papa se pasó del lado de los vencedores : ¿ y quiénes eran estos vencedores ? Heréticos, cismáticos : la Prusia, la Inglaterra, la Rusia : la cabeza de la Iglesia romana, arrastrada por ese fatal poder temporal, origen de tantos males para el catolicismo, se alió con la heregía ; y para que la contradiccion fuese absoluta, esta amalgama que hubiera hecho

retroceder espantados á los Papas de la edad media, llevó el nombre de *Santa Alianza*. ¡ Cosa increíble ! Los cismáticos, el emperador de Rusia, el rey de Prusia y los ministros de Inglaterra, fueron los que exaltaron el Papado; por primera vez en el mundo cristiano, cuestiones inmensas que conmovian la tierra, pesaban, por decirlo así, sobre la cabeza del Papa; los Estados cismáticos trataban al Vaticano, no como un poder viviente y amenazador para ellos, sino como una abstraccion sujeta al cálculo de la diplomacia.

¿ Y qué papel hacia en los Congresos de Viena y de Verona en que se discutia la suerte del mundo? Asistia por medio de sus legados que otro presidia: es imposible que los representantes de Gregorio VII é Inocente III, no se desesperáran al encontrarse oscuramente confundidos entre los encargados de negocios, entre los plenipotenciarios de la heregía: y en estas Asambleas reunidas para decidir la condicion del género humano, ¿ qué pueblo protegió y salvó el papado? En medio de aquellos solemnes debates, ¿ por quién habló cuando todos le escuchaban? No se ocupó más que de las posesiones materiales. ¿ Abogó por los débiles, recordando la mision que llenaba en la edad media? ¿ Pensó en Irlanda, en Grecia, en Bohemia, en la Hungría, en los pueblos oprimidos, cuya suerte podia acaso mejorar una palabra caida de lo alto del Vaticano sobre la mesa de los plenipotenciarios de Viena? Nada de eso sucedió: su único cuidado se fijó en un pequeño punto; su pensamiento fué absorbido por la Romanía. ¿ Clamó al menos por lo que es imposible olvidar por

los vencidos? Al contrario: vió á la Francia católica abatida, y pidió á las Potencias heréticas que aprovecharan la ocasion para arrancarla en provecho suyo una provincia; solo por un desaire de los cismáticos dejó de conseguirlo.

¿Ha oido alguno, que en medio de la avidez de aquellos príncipes victoriosos, el príncipe de Roma dominara los debates con una de esas grandes efusiones de caridad universal, que le hubieran granjeado en un dia una autoridad moral inmensa? ¿Aprovechó la exaltacion de los ánimos, la magnanimidad que naturalmente sigue á la victoria, para recordar á los príncipes los juramentos prestados á los pueblos? Esta era seguramente su mision: del príncipe del cisma, del emperador Alejandro, se refiere alguna palabra en este sentido: de Roma no se refiere nada; y cuando se trataba de rehacer el derecho de las gentes, ¿fué acaso Roma la que propuso la abolicion de la esclavitud y de la pena de muerte por delitos políticos? Estas cuestiones se agitaban en la conciencia universal, pero el Vaticano no se ocupó de ellas, es más: cuando en Francia se levantó la guillotina y en España la horca por espíritu de venganza, Roma no levantó su voz en nombre de la clemencia; no se colocó entre el patíbulo y el poder, demasiado parcial para ser justo. Roma no vió más que á Roma; la Francia no puede olvidarlo; nosotros, hijos de los hombres de 1810, de los perseguidos en 1814 por efecto de una gran iniquidad, no podemos olvidarlo tampoco.

Y si Francia no puede olvidarlo, ¿no ha de tenerlo,

presente quien lleva el nombre del prisionero de Santa Elena? Roma, que le vió solo y pensativo en su isla, pudo aliviar su suerte clamando dia y noche por aquel grande hombre, no dejando á los reyes una hora de reposo hasta que hubieran puesto fin á aquella tortura; rompiendo por fin, en nombre del poder cristiano, las cadenas de Longwood forjadas por todos los príncipes de la tierra. ¡Qué mision, si Roma se hubiera propuesto llenarla! ¡Qué espectáculo, si se hubiera repetido lo que en otro tiempo hicieron los Papas por el rey Ricardo! ¡Qué manifestacion, qué revelacion tan brillante de la autoridad del papado! ¿Quién no se hubiera sentido impresionado hasta el fondo de su corazon, á la vista de aquel Prometeo librado del buitre por el Hércules romano?

Fueron aquellas circunstancias de esas que no se presentan dos veces, y por las cuales son juzgados definitivamente los grandes poderes del mundo: la tierra estaba todavía húmeda con la sangre de las batallas; las naciones jadeantes despues de la lucha; Napoleon, próximo á desaparecer bajo la losa del sepulcro, en que se le habia enterrado vivo; el universo, poseido de una inmensa expectativa: en medio de esta mezcla de confusion y de orgullo, el papado pudo bendecir á Europa desde el Vaticano, y no lo hizo; pudo, sobre todo, defender á los que sufrían, y no lo hizo; pudo imponer la justicia á los reyes, y no lo hizo; pudo cerrar las llagas de los pueblos heridos, y no lo hizo; pudo amparar al mundo bajo su manto, y no se ocupó de otra cosa que de mendigar de los heréticos la Romanía.

Pero no pudo, replicarán algunos; y si no pudo, y si nunca puede nada ese poder temporal de los Papas, ¿para qué les sirve? ¿Para distraerlos de su mision espiritual? ¿Para verse á cada paso en la necesidad de llamar en su apoyo al extranjero, de sujetar á los pueblos con la espada de la heregía? ¿Para verse arrastrado á sentarse en el último lugar en las conferencias de los cismáticos? ¿Para no tener jamás independencia? ¿Para vivir á merced, tan pronto de los tudescos, como de los franceses? ¿Para añadir á los preceptos de la Iglesia, preocupaciones puramente mundanas? ¿Para no disponer, por consideraciones á ese poder temporal, de la libertad de protestar en nombre del poder espiritual, cuando los reyes se olvidan, gobernando á los pueblos, de los preceptos del Evangelio?

Y despues de esta larguísima série de sucesos, ¿hay todavía quien se sorprende de que las naciones respondan ahora á la impasibilidad de que Roma ha dado ejemplo, con la neutralidad que estamos presenciando! Y despues de esta terrible historia, ¿hay todavía quien no siente en su corazon honda simpatía en favor del pueblo mártir! Y despues de esta dolorosa enseñanza, ¿hay quien afecte abogar por el poder temporal de los Papas, en nombre de su poder espiritual! Y despues de tan deplorables resultados, ¿hay quien se atreve á lanzar la calumnia de que no somos amigos del catolicismo, los que deseamos que el Sumo Pontifice no se ocupe más que del catolicismo!

¿Cómo? ¿Dónde quieren encontrar apoyo esos que no conciben la grandeza sublime de la Silla de San

Pedro, sin verla rodeada de Estados miserables, sujetos por suizos mercenarios?

¿En Italia misma, en la que al fin renace de sus cenizas, rompiendo el sudario en que voluntariamente se ha dejado envolver por el poder temporal? ¿No basta que se suicidara por él? ¿No basta que el tiempo probára lo estéril de su suicidio? ¿No basta la última prueba? Pio IX entró en el Vaticano con una alta inspiracion de las necesidades del poder temporal; y comprendiendo que ya era ocasion de devolver la vida á la Italia, quiso calentar con un soplo de libertad, el sepulcro en que sus antecesores la tenian envuelta; pero el soplo no llegó por entero á la Italia: entre aquellos labios generosos y aquella sepultura de una mártir, se interpuso el genio del mal que le cortó, demostrando que el poder temporal en manos del más bondadoso de los Pontífices, era impotente para hacer el bien.

¿En las naciones que formaron la llamada Santa Alianza? ¿En los hereges, en los cismáticos de Rusia, de Prusia y de Inglaterra? Los neos quisieran esta nueva humillacion del catolicismo; nosotros celebramos, que del lugar que ocupó el papado en Viena y en Verona, nazca la neutralidad de los que no se muestran dispuestos á una nueva intervencion en Roma.

¿En las naciones católicas? ¿En Francia, para quien el papado no tuvo un consuelo despues del desastre de Waterloo? ¿En Napoleon, á cuyo tio dejó Roma morir sin pronunciar una palabra de caridad? La Francia pudo juzgar en su desgracia lo inútil del poder temporal; Napoleon III puede proteger la persona de Pio IX, pero

no puede romper lanzas por un poder que abandonó á Napoleon I.

— ¿En España, otro tiempo el brazo derecho de Roma, que como Italia estuvo para hacer dimision de su vida, estuvo para perder su nacionalidad? España tomó la mayor parte en los sucesos que trajeron la Santa Alianza, simpática al papado, y Roma no tuvo una palabra de reprobacion para el rey que, en virtud de un perjurio, cargaba de cadenas á los hombres que le habian dado el trono y levantaba horcas para el pueblo que se habia sacrificado por él. España se destrozó con una guerra exterminadora de siete años, y Gregorio XVI no tuvo una palabra para pedir paz entre hermanos, y favoreció con sus simpatías al Pretendiente y no se puso del lado de la reina constitucional, á quien tardó muchos años en reconocer, despues de consagrado su poder por la soberanía popular y por la victoria de las armas.

— ¿Cómo? ¿Dónde quieren encontrar apoyo, esos que no conciben la grandeza sublime de la Silla de San Pedro, no rodeada de Estados miserables, sujetos por suizos mercenarios, sino rodeada de todos los pueblos católicos del mundo, que reconocen por catedral de la cristiandad la Basílica de San Pedro, y que al ir á prosternarse en el Vaticano, ante el sucesor del primer Pontífice, no quieren encontrarse con un reyzeulo sujeto á la voluntad de todos los reyes?

— Los que por calles y plazas se dan á predicar la ruina de la Santa Sede, porque está á punto de verse libre de su deplorable poder político; los que se empe-

ñan en que la cabeza visible de la Iglesia sea el último miembro de los poderes de la tierra; los que se obstinan en que conserve un poder temporal que le exponga á viajar á capricho de Napoleon I, á fraternizar con heréticos á voluntad de los diplomáticos de Viena, á fugarse de incógnito como en 1848, á ir detrás en el movimiento que la humanidad moderna sigue constante en busca de la civilizacion; esos tienen una idea bien miserable de la autoridad del Sumo Pontífice: esos perjudican á un tiempo los dos poderes que ejerce, esos quieren ver su dignidad por bajo del emperador de Austria y del emperador de Francia: nosotros queremos verle á la cabeza de la Iglesia; nosotros no comprendemos que la tierra tenga medio de levantar trono alguno, en el cual pueda colocarse sin descender inmensamente quien se sienta en la Silla de San Pedro, tan altamente colocada sobre el mundo.

Octubre 3.—1860.

III.

Hay quien quiere hacerse la ilusion de que Roma acaba de adquirir una garantía sólida de estabilidad, en virtud de las supuestas reservas que en favor de aquel orden de cosas ha hecho el emperador Napoleon al reconocer el reino de Italia.

En nuestro concepto no puede darse equivocacion más completa; á nuestro modo de ver, jamás ha pre-

sentado la cuestion romana mayores síntomas de que se acerca la época de la única solucion que ella misma ha preparado, cuya forma podrá estar sujeta á modificaciones transitorias, pero cuyo espíritu no será, porque no puede ser ya, despues que de la Ciudad Eterna se ha lanzado un reto terminante y resuelto á la civilizacion, otra cosa que el espíritu del siglo.

Merecen la pena de estudiarse, siquiera sea ligeramente, las circunstancias que rodean en el dia la cuestion de Roma.

No hay estabilidad posible para un Estado sino cuando es fuerte; y no hay posibilidad de Estado fuerte, sino cuando es rico; cuando existe una armonía perfecta entre los elementos sociales de que se compone; cuando entre el gobierno y el pueblo hay lazos de afinidad, de fé y de afectos recíprocos; cuando tiene un derecho incontestable é incontestado; relaciones extranjeras, basadas en la estimacion, el interés comun, las necesidades de órden público y de equilibrio de las naciones; cuando se apoya, en fin, en una masa tal de simpatías y de partidarios, que la oposicion solo representa una minoría insignificante.

¿Es esa, por ventura, la situacion del gobierno pontifical?

Empieza por estar más pobre, tan entrampado y más desprovisto aun de crédito que el gobierno austriaco; su sistema financiero, segun la expresion de un diputado francés que no puede ser tenido por sospechoso, se funda en las limosnas; para hacer frente á los gastos administrativos, al pago de la deuda y al gasto de

las tropas, tiene que esperar las donaciones de países lejanos; sin Tesoro, sin crédito, sin recursos financieros de solidez, y propios de ninguna especie; sin ejército, odiado de los pueblos, abandonado de los demás gobiernos; no pudiendo contar con la intervencion del Austria, donde la corte de Roma busca su fuerza, ni siquiera con el auxilio de España, por más que D. Leopoldo se crea en el caso de echarla de protector, ¿con qué cuenta Antonelli para resistir el empuje que está sufriendo? Ha tratado de provocar una insurreccion moral del catolicismo, sus periódicos han recibido y ejecutado la órden de alarma, sus agentes ocultos han recorrido la Europa, el episcopado ultramontano ha tocado llamada; y todos estos esfuerzos supremos reunidos, ¿qué han dado de sí?... El famoso ejército de Castelfidardo.

El poder temporal del Papa no podria aplazar siquiera su agonía más que de dos maneras: por una recuperacion espontánea de las Marcas, de la Romanía y de la Umbria, ó por una colicion general, que despues de haber detenido los ejércitos de Italia y Francia, restaurára en los tronos á los Borbones, y en el poder al partido absolutista.

La idea de que las poblaciones emancipadas vayan espontáneamente á colocarse bajo el yugo de los cardenales, es una aberracion que no puede tener cabida ni en la cabeza del ultramontano más insensato; la esperanza de una coalicion con objeto de devolver á los Borbones las coronas que han dejado caer hechas pedazos, es una quimera que podrá acariciar Roma en los

conciliábulo de Merode, que podrá tener cabida en las combinaciones reaccionarias y torpes de Calderon Collantes y D. Leopoldo; pero en Europa, entre hombres sérios al menos, eso no se discute: y despues de cualquiera de las dos únicas maneras de aplazar la agonía del poder temporal, ambas imposibles, al fin se llega por un rodeo al mismo resultado: á la muerte de ese poder.

Quando parecia que el gobierno pontifical no debia necesitar ya de desengaños, despues de haber podido juzgar del efecto de sus anatemas, del éxito de sus diligencias para buscar el remedio, ya gastado, de bayonetas extranjeras que le sostuvieran íntegro por medio de la fuerza á nombre de la religion; quando ha probado ya lo que producen las limosnas solicitadas sin perdonar medio, y para lo que sirven los nuevos *cruzados* que, segun la expresion de Granier de Casagnac, se visten de turcos para defender la Cruz; quando no ha visto inconveniente en colocarse á los ojos del mundo como un obstáculo á la constitucion definitiva de Italia, como una dificultad para la diplomacia, como una institucion inútil y perjudicial, cuya supresion reclaman todos los intereses, hasta los más divergentes, un suceso importante, el del reconocimiento del reino de Italia, y del que declara en alta voz que necesita para capital á su cabeza natural, á Roma, viene á prestar nueva faz á la cuestion.

Veamos ahora si la forma de este suceso es para dar la menor esperanza á los amigos del poder temporal, como afectan creerlo, ó si, por el contrario, es un pa-

so inmenso en la vía de la unificación, cuyas consecuencias no pueden menos de desarrollarse naturalmente.

Ante todo, conviene observar que el rey leal y el gobierno popular que han adquirido, á la faz de la nación italiana, el compromiso de darla por capital á Roma, no han visto el menor obstáculo en aceptar el reconocimiento de la Francia, en los términos que ha tenido lugar; lo cual está diciendo, que ese acto no envuelve compromisos de porvenir para Italia; y aunque así no hubiera sido, ¿darian alguna garantía á Antoneilli y Merode las cortapisas que la política en zig-zag de Napoleon III hubiera podido imponer al gobierno de Víctor Manuel?

Los neos, los absolutistas y los reaccionarios, que lo son únicamente porque así conviene á sus intereses, olvidan lo principal en la cuestión de Roma: se ocupan de los romanos como si no existieran: disponen de sus personas, de su libertad, de sus cuerpos y de sus almas; de sus casas y de sus conciencias, como si aquello fuera propiedad universal, como si no tuvieran noticia del principio de la soberanía nacional, en virtud del cual, los pueblos se pertenecen á sí mismos, que es el principio fundamental de la sociedad moderna, el de la humanidad salida de la tutela de los Papas, los reyes y los diplomáticos.

Lo que importa averiguar, no es qué género de gobierno para Italia y Roma conviene á Francia, al Austria ó al gobierno español; sino cuál es el que quieren los italianos y los romanos: se discuten con la mayor

frescura los medios de arreglar la cuestion romana, segun los deseos de tal ó cual ministerio, de éste ó del otro país; pero ninguno de los que á nombre de la reaccion se mezclan en el asunto, se ocupa de averiguar si estos arreglos particulares convienen á los que han de hacer el gasto: los neos, que gozan aquí de los derechos de ciudadanos españoles, y escriben periódicos y folletos, y se hacen elegir diputados, explotando la influencia moral; los que salidos de la nada han llegado al poder á merced de la revolucion, y por ese, y solo por ese título tienen ocasion de mandar, apreciando la religion bajo el punto de vista del órden público y del comisario de policia; los que echándola de liberales pudieron erigirse en santones para explotar su pericia, acabando por resellarse de mogigatos, todos estos individuos encuentran muy sencillo y muy cómodo que haya cierto número de millares de hombres, haciendo penitencia por la salvacion de su alma; pero ni uno solo de estos famosos teólogos, cambiaria el ejercicio de sus derechos de ciudadanía, por mermados que estén, con la condicion de los habitantes en los Estados romanos: los tales reaccionarios hacen alarde de campeones de la religion, de la familia y de la propiedad, y disponen con el mayor desparpajo de la religion, la familia y la propiedad del prógimo.

Se trata de una ciudad, la primera del mundo; de un pueblo, uno de los más grandes en la historia, escluido de todo adelanto, de todo progreso, de toda libertad; condenado á una inmovilidad absoluta, mientras el resto del mundo marcha á su destino, solo por-

que así importa á la seguridad de algunas conciencias elásticas. Comprendemos perfectamente que los obispos, el clero y lo que se llama el partido apostólico, no los neos, defiendan al gobierno romano y le recomienden que se sostenga, si no le han visto de cerca, y le creen bueno, excelente, de derecho divino y casi infalible; pero que hombres que han reconocido el derecho de la revolucion, y que de ella han salido, se hagan defensores de un principio absolutamente contrario; que filósofos, por no decir otra cosa, que han proclamado teorías que todo el mundo sabe, y que tan cómodas son en los programas, nieguen hoy á todo un pueblo, nieguen á los italianos el derecho de cambiar sus leyes y sus gobiernos, eso es lo que no tiene explicacion.

Entre todos esos defensores láicos del poder temporal del Papa, tal vez no haya uno que le juzgue sostenible, uno que le sufriera veinticuatro horas, uno que no haya pedido su reforma: no parece sino que ahora es la primera vez que se expone ante el mundo la situacion imposible de los Estados romanos; ¡como si todos los gobiernos de Europa, incluso el de Austria, no hubieran pasado cincuenta años en hacer reconvenciones á la córte de Roma! La córte de Roma ha despreciado las advertencias: tal vez no estaba en su mano otra cosa, porque todas las reformas que se la pedian conducian á la revolucion, y el cardenal Antonelli ha acabado por decir claramente: «El Papa no hará nada.» Despues de esto, todavía son lógicos los que creen aquel régimen inmejorable; los que están en lo absurdo, son

los que hallándole malo, los que conviniendo en la necesidad de las reformas, emplean por todo argumento el que sigue: «Los romanos son un pueblo escepcional; mejor dicho, no son un pueblo: importa á los católicos de Austria, de España, de Portugal, de Francia, de Bélgica, de Baviera, que el Papa resida en Roma y que sea dueño y soberano: Roma no les pertenece; es nuestra, es de todo el mundo; los romanos no son libres, son nuestros.» Colóquese cada cual en el lugar de un romano, y veamos qué efecto le hará el que le digan: «Ni tienes patria, ni esperanza de ella: otro tiempo, el título de *civis romanus* queria decir que estabas en todas partes en tu país; hoy quiere decir que en ninguna hay nacion para tí: los romanos sois un pueblo sin personalidad, de un género indefinido; un coro de cantores de la capilla Sixtima, dedicados á recitar, acosados por el hambre, los siete salmos de la penitencia para todos los que necesitan de ellos por causa de su hartazgo: esta tierra, en la que habeis nacido, y en la cual pensais vivir y morir; ese polvo que os queda y con el cual habeis de confundiros, todo eso no es vuestro: pertenece, no solamente á los fieles sinceros, sino á todos esos católicos de temporada que vienen á distraerse indistintamente con vuestro Carnaval ó con vuestra Semana Santa.» Eso, en sustancia, es lo que se dice á los romanos; ese, ni más ni menos, es el espíritu de las notas austriacas ú odonellescas, que se escriben y se circulan para sostener el poder temporal del Papa.

¿Y en qué derecho? ¿Y en qué título fundan esa pre-

tension, ni el Austria, ni la Francia, ni España, ni nadie? ¿Acaso no son aquellos habitantes hombres como nosotros, ciudadanos como nosotros, con derechos como los nuestros, con un alma como la nuestra? ¿Por ventura, la conciencia del más humilde labriego de la campiña de Roma, no pesa en la balanza de Dios tanto cuando menos como la conciencia del neo más refinado? ¿Cómo se ha de esperar que en un tiempo en que todos los pueblos consolidan su soberanía personal, ha de haber uno excluido del derecho comun por el egoismo del universo?

La recuperacion espontánea de lo que se ha segregado de Roma, es, pues, imposible, y aunque no lo fuera, con eso no adquiriria fuerza alguna el gobierno pontifical, que no tiene soldados ni dinero para contener á la capital que se le subleva.

La coalicion para restaurar á los Borbones y proporcionar al Papa los medios de siempre, para hacer respetar su poder temporal á balazos, es un sueño á que no pueden entregarse ya ni siquiera las córtes de Viena y de Madrid, colaboradoras de papeles diplomáticos y nada más.

Los romanos dan todos los dias señales evidentes, de que están resueltos á emanciparse de los cardenales.

El nuevo reino de Italia, el que declara que necesita á Roma para capital, recibe la sancion de Europa, inclusa la nacion que protege con sus armas al Gobierno temporal del ódio de sus gobernados.

¿Qué esperanza queda á los Antonelli y los Merode?

¿Las reservas que pública ó secretamente haya po-

didó hacer Napoleon III al reconocer á Victor Manuel!
 En otro artículo nos haremos cargo de ellas.

Julio, 3.—1861.

IV.

Estamos ya hartos de que se nos repita la necesidad que tiene el jefe de la Iglesia católica de conservar el poder temporal, para conservar su soberanía y su independencia: muchas veces tambien hemos preguntado nosotros, sin que nadie nos conteste, dónde están hoy esa soberanía y esa independencia. Hace tiempo que el poder temporal se sostiene tan solo por fuerzas extranjeras que le imponen en Roma, por una sucesion de ocupaciones. La Francia y el Austria toman prendas la una contra la otra; cuando no es una prenda material, es una prenda moral; ambas se disputan cuál de ellas ha de dar la guarnicion de Roma, la guardia del Papa, que, abandonado á sí propio, se encontraria antes de una hora con una revolucion enfrente, y una revolucion triunfante. Esto es lo que llaman su independencia y su soberanía.

Es, pues, una aberracion hablarnos de la independencia del poder temporal. El rey de Roma no era independiente ayer, no lo es hoy, no lo será jamás, porque su pretendida soberanía temporal es ilusoria, porque la ejerce sobre un pueblo que la rechaza, porque

para ejercerla tiene necesidad de una fuerza extranjera, y porque necesita pagar esa proteccion extranjera con esa independencia nominal, de la cual no queda más que el fantasma.

La verdad es que hoy ocupa la Francia en Roma la posicion más falsa y más imposible de sostener: un senador, que no es un revolucionario, ni un enemigo de los cardenales, sino un católico ardiente y sincero, al oír á un ministro de Napoleon que la Francia no podia intervenir en la Romanía, preguntaba: «Con qué derecho entonces estaban sus tropas en Roma;» el cardinal Antonelli, hablando de la proteccion de los soldados franceses, ha dicho: «Si esa proteccion cree necesaria la presencia de las tropas en Roma, no se comprende por qué no la cree necesaria en Bolonia.» Ambas observaciones han quedado sin respuesta. Por un extraño trastorno de ideas, efecto de la falsa posicion de que hemos hablado, los enemigos de Napoleon III, los que levantan lo voz contra él, son los que al mismo tiempo que le hostilizan, quieren obligarle á continuar la ocupacion de Roma, á ser el guardador del poder temporal.

Ahora bien: la inmensa trascendencia del reconocimiento del nuevo reino de Italia por la Francia, no modifica en nada su alcance á Roma, por las medias tintas que Napoleon haya creído convenirle usar al llevar á cabo este acto importante: para quien medite su posicion, para quien estudie su política, que por reservada que sea, al fin llega á marcar un sistema más ó menos difícil de apreciar, el reconocimiento de Ita-

lia no pierde nada de su valor por las circunstancias con que se ha querido paliarle á los ojos de los que así lo conocen perfectamente, por más que esté en sus intereses tomar por lo sério limitaciones sin importancia.

Al abrir la campaña de 1859, Napoleon dijo: «*Es preciso que la Italia sea libre, de los Alpes al Adriático.*» En el mes de Marzo de 1860, añadió en su mensaje: «*La Italia está en vísperas de constituirse libremente.*» Entre estas dos frases colocó el programa de Villafranca, que es muy diferente, como que se ocupaba de un proyecto de confederacion Italiana, bajo la presidencia honoraria del Papa.

Ahora la unidad se convierte en hecho reconocido, y la confederacion es una quimera manifiesta.

Al recibir la reaccion este triste desengaño, se empeñó en volverse á engañar, suponiendo que el reconocimiento del título de Victor Manuel como rey de Italia, iba acompañado de reservas que casi le destruian, y que hacian imposible la admision por el Gobierno de Italia.

Avanzan las cosas, y se van rebajando las proporciones de las pretendidas reservas; y vá Vimercati á Turin con esplicaciones verbales sobre las intenciones de Napoleon y sobre las necesidades especiales de su política; y la reaccion se encuentra con que el Gobierno que no podria admitir las reservas del emperador las admite, al mismo tiempo que repite solemnemente en la representacion nacional, sus esperanzas de adquirir pronto á Roma para capital; y Thouvenel dá al Austria y dá á nuestros famosos ministros la contestacion des-

engañada que conocen nuestros lectores; y lord John Russell remacha el clavo, añadiendo á los desaires que en las Tullerías han recibido los gobiernos de Viena y de Madrid, la confirmacion de que las naciones católicas no son las únicas potencias competentes para ocuparse de la cuestion del poder temporal de la Santa Sede; que en este terreno, Inglaterra, Prusia y Suecia, tienen tambien el derecho de ser consultadas.

Tales son los triunfos que la reaccion está obteniendo, como recompensa de sus afanes para sostener á Antonelli.

«Pero Napoleon no retira las tropas de Roma,» se dicen los neos, capaces de agarrarse á un clavo ardiendo cuando se quedan sin otro apoyo: «el Vaticano ha recibido seguridades de la permanencia indefinida del cuerpo de ocupacion que le está sosteniendo.»

Napoleon no ha podido obligarse á tener tropas en Roma siempre, en todas las circunstancias, y suceda lo que quiera: un compromiso semejante sería demasiado absoluto para ser formal; lo probable es que esas seguridades se reduzcan á alguna obligacion más racional, dejando á salvo las eventualidades de un arreglo de la cuestion romana. Si el reconocimiento de Italia no lleva todavía consigo la evacuacion de Roma, es indudablemente una etapa hácia ese fin; aquel acto coincidirá con nuevos esfuerzos cerca de la Santa Sede, para traerla á una transacion con la idea italiana. Si los esfuerzos no dan resultado, los acontecimientos cortarán la cuestion.

Por otra parte, el Gobierno francés declara que el

poder temporal del Papa, como todos los demás, necesita en nuestros dias el asentimiento de las poblaciones, y se limita á ofrecer que no consentirá nada contrario á la dignidad y la independencia de la Santa Sede, que es, segun dice, el objeto de la permanencia de las tropas francesas en Roma; pero es preciso no olvidar que los periódicos imperialistas han repetido cien veces, que esas tropas no tienen otra mision que velar por la seguridad personal del Santo Padre, y que lo de la dignidad y la independencia del papado, debia entenderse en el sentido de su autoridad espiritual: bastará, pues, que esa autoridad esté garantizada, y la persona del Papa en seguridad, para que pueda la Francia, sin faltar á ninguna de sus declaraciones, poner fin á la ocupacion.

En estos momentos, hay que añadir á los motivos especiales de la política que su posicion le obliga á seguir al emperador en lo que se refiere á los asuntos del poder temporal, una circunstancia importante que explica en cierto modo la permanencia de las tropas francesas en Roma.

El estado de la salud del Papa es comprometido, segun parece, hasta el punto de que dé lugar á preocuparse sobre la posibilidad de una vacante de trono pontificio en un plazo no lejano. Es una nueva y gravísima complicacion más; ya hay quien previendo la muerte del Papa, se ocupa nada menos que de reunir en Verona un cónclave para elegir sucesor á Pío IX, cónclave compuesto exclusivamente de cardenales adictos al Austria, que huirán de Roma tan pronto como falte el

Papa. De todas maneras, un interregno pontifical en los momentos actuales, es la ocasion indudable de complicaciones extraordinarias, y se explica que el emperador mantenga provisionalmente el *statu quo* en Roma.

Aunque los sucesos no fueran tan transparentes, aunque todas las circunstancias que acabamos de apuntar no formaran reunidas una prueba completa de lo que hay de positivo en las intenciones de Napoleon III, despojadas de palabras y apariencias; aunque su política fuera otra de la que es; aunque contra todas las probabilidades, y sobre todo, contra su interés, la cambiara á medida de los deseos de la reaccion, todavía era imposible que salvára cubriéndolos con su égida, los monstruosos abusos del Gobierno romano, todavía sería indudable la muerte del poder temporal, que solo arrastra ya una existencia prestada, y que como demostraremos otro dia, ni tiene fuerzas propias, ni las encontrará ajenas para vencer al terrible enemigo, á quien con tanta imprudencia ha provocado á un duelo á muerte.

Los Antonelli y los Merode han cometido un error que no tiene enmienda: oyendo contar que el poder temporal habia vencido en las luchas con los siglos anteriores, han soltado la amenaza al actual, sin medir las fuerzas gastadas de Roma; el siglo XIX, robustecido con los legados de sus antecesores, ha admitido el reto, resuelto á que esta sea la última contienda.

Ciego es quien no vé claro el resultado.

Junio, 4.—1861.

V.

El mundo político no aparta un momento la vista de la cuestión romana, y sin contar con la multitud de soluciones que para ella se vienen proponiendo hace años, aparecen ahora nuevos proyectos, nuevos pensamientos, encaminados á resolver lo que, mientras esté pendiente, tiene que ser por necesidad un gran motivo de perturbacion europea.

La acogida que encuentran en los defensores del *statu quo* romano todos los pensamientos que se proponen para zanjar la cuestión, son de una elocuencia tal para apreciar por completo la índole de ella, que bien merecen un momento de atención, dedicado á examinar lo que los amigos del poder temporal opinan, sobre lo que nuevamente ha corrido como medio de solución. Aquí la importancia no está en lo que se propone, sino en las razones que para rechazarlo dan los neo-católicos más ó menos vergonzantes.

Dice una correspondencia que tiene ese origen :

« El gobierno imperial ofrecerá desde luego, y como punto de partida, retirar las tropas de Roma, siempre que el de Turin haga la formal promesa, convenientemente garantida, de no atentar con la fuerza de las armas á la existencia del poder temporal del Santo Padre, y de no consentir que invadan los Estados Pontificios partidas algunas, sean de voluntarios garibaldinos,

ni otras que intenten anexionar los Estados de la Iglesia al reino de Italia.»

«De tal modo se intenta impedir al gabinete italiano que procure, por medios indirectos, apoderarse de Roma, que se le hará responsable de cuantas expediciones puedan invadir el terreno romano, y se le obligará á que se oponga á ellas por medio de la fuerza, y preste ayuda con sus tropas á los zuavos pontificios para mantener en su integridad los Estados de la Iglesia.»

Cualquiera, al leer esto, debería creer que los amigos del poder temporal, que los entusiastas de Antonelli y Merode, sa darian la enhorabuena por la mera probabilidad de semejante arreglo; pero precisamente sucede todo lo contrario: en vez de contentos se muestran indignados, dando para estarlo razones que no pueden ser más peregrinas.

La retirada de Roma de las tropas francesas, dicen, será la terminacion de la existencia del Papado como poder temporal. El gobierno de Turin no enviará tropas á Roma, no consentirá que entren en el territorio partidas armadas; pero el pueblo romano se alzar­á sin temor alguno contra el Santo Padre, y vencerá sin trabajo el reducido ejército papal.

Estos temores envuelven la declaracion siguiente. El poder temporal está agonizando; una vez abandonado por las tropas francesas, perecerá infaliblemente á manos de la poblacion sobre que está pesando, á la cual no podrá oponer más que una fuerza impotente. Ni siquiera se necesita tanto para que el gobierno sucumba; en el momento que le abandone la guarnicion france-

sa, suponiendo que Roma no se alce á mano armada, es inevitable, completamente inevitable, es lo menos que puede esperarse de los romanos, que soliciten reformas y concesiones en sentido liberal: el gobierno no hará ninguna; la enemistad de los súbditos tomará grandes proporciones y, siempre creciente, determinará al fin y al cabo por el alzamiento armado que concluya con el gobierno temporal.

Tal es el cuadro que de él trazan sus más amigos; tal es el porvenir que le espera, segun confesion de los que más interés muestran por su conservacion, el dia que se retiren las bayonetas francesas.

De semejante situacion se deduce, que para que aquello no se venga á tierra, es preciso que Napoleon se constituya terminantemente en protector permanente del gobierno de los cardenales y ocupador indefinido de la Ciudad Eterna.

Pero es el caso que al mismo tiempo que hacen esas declaraciones los entusiasmas del gobierno papal, convienen en que la situacion del imperio francés ha venido á hacerse sumamente difícil, y que la ocupacion de Roma por sus tropas envuelve grandes embarazos y peligros para el imperio.

Todo esto se lo dicen ellos, todo esto son declaraciones suyas; ellos miden así la situacion romana; ellos ven indispensable el *statu quo*, la ocupacion extranjera; ellos convienen en que la ocupacion no puede prolongarse sin que peligre el imperio; ellos confiesan que el dia que salgan las tropas se alzarán los romanos, y viendo las cosas por el lado más favorable, presienten

que cuando menos reclamarán reformas y concesiones, y aseguran que el Papa no cederá, y que al cabo se vendrá por los dos caminos al alzamiento romano y á la ruina del poder temporal.

Tal es el estado de la cuestion, apreciada por los que más empeño ponen en mostrarse celosísimos defensores del gobierno papal: para continuar representando ese papel, despues de reconocer solemnemente esas verdades hasta ahora contradichas, se necesita ciertamente un valor superior á todo encarecimiento. Las razones de los que aun se hallan en el duro compromiso de romper lanzas por la administracion de Antonelli y Merode, quedan ya reducidas á proposiciones absurdas, sin base y sin fundamento racional.

Conviene en que el gobierno de Roma tiene contra sí la animadversion de todos los romanos, y continúan sosteniendo que debe, sin embargo, protegerse, por el motivo, poderoso para los italianos oprimidos, de que su opresion monstruosa merece las simpatías de los gobiernos de Viena y de Madrid.

Reconocen el inminente peligro de que Roma se alce contra los que la tiranizan, y piden que los franceses tomen por oficio eterno montar la guardia y servir de centinelas al gobierno de los cardenales, en virtud del derecho que tendrían los ingleses para ocupar á Sicilia ó Portugal.

Ven la imposibilidad de que Napòleon prolongue el papel de guardador de Roma, sin amontonar peligros sobre el imperio; pero le exigen que no piense en ellos, y que siga en el mismo puesto por complacer el capricho de las cortes de Viena y de Madrid.

Presienten, sin embargo, que la complacencia no pueda ir muy lejos; que el imperio se canse; y para ese caso nos anuncian que las dos cortes, templadas á un mismo tono en la cuestion romana, envíen al Papa el argumento que sirve hace siglos para sostener su poder temporal: soldados. Para ese caso le aconsejan, que si los romanos le dan tiempo, que si empiezan pidiéndole reformas y no empiezan empuñando las armas, se les conceda generosamente lo que convenga.

Están seguros de que no se les concederá nada, y de que al fin los romanos tendrán que tomárselo todo; y sin embargo, siguen diciendo que merece defenderse el gobierno temporal.

¿Y por qué merece defenderse? El pretexto de los intereses católicos es ya insostenible; la reaccion no ha podido sostenerle; la farsa ha venido por tierra; la empresa de amasar lo temporal con lo espiritual, ha hecho *fasco*. Aquello de que el Papa no puede ser súbdito de ningun rey, la historia lo desmiente: el Papa está siendo súbdito de Francia, como antes lo fué del Austria, como antes lo fué de Francia otra vez, como antes todavía lo fué de España bajo la monarquía cristianísima y católica por excelencia, de Carlos V y Felipe II.

Este pretexto es ridículo hasta un punto inconcebible, y una vez hechas por los defensores del poder temporal las declaraciones que dejamos apuntadas, no puede repetirse en sério. El Papa no puede ser súbdito de ningun rey: la historia da testimonio de que sí puede; pero si necesita por base la independencia, ¿cómo se

aboga por la dependencia absoluta de Napoleon, en que hoy se encuentra? ¿Cómo no se pide la evacuacion de las tropas francesas? Es que si las tropas francesas se marchan, los romanos acaban con el poder temporal: de lo cual se deduce, que el rey de Roma, que no puede ser súbdito de ningun rey tampoco puede ser rey de ningun súbdito. Para que los amigos del gobierno temporal no se embrollen, les convendria elegir entre una de estas dos imposibilidades, á fin de que supiéramos á qué atenernos. Defender á un rey que no puede depender de ninguno, y que al mismo tiempo no puede reinar por su autoridad, ni siquiera por su fuerza, no es defenderle, es dirigirle el más cruel de los ataques.

¿No puede, en efecto, depender de ningun rey? En ese caso, es preciso pedir que los franceses evacuen á Roma; es preciso que el poder temporal busque el apoyo en sus súbditos; es preciso no perder el tiempo con temores sobre lo que harán los italianos; es preciso no hacer caso de la opinion de Europa sobre Roma; es preciso no incurrir en la ridiculez de suponer que Mazzini ha puesto de su parte al lord corregidor de Londres; es preciso no manosear más lo de los intereses católicos, si no se les quiere perjudicar hondamente; es preciso guardar la risa que excita el pensamiento de que los ingleses dejen de llevar á la Ciudad Eterna su contingente anual de libras esterlinas; es preciso, en una palabra, dejar que Antonelli y Merode se encuentren en todo el lleno de su independencia; que los romanos queden en entera libertad de ser súbditos del gobierno independiente; que Roma, libre hasta de los

touristas y viajeros, ahuyentados de las dulzuras del clima y del atractivo de las artes por las dulzuras del gobierno temporal y los atractivos de Antonelli, proporcione á los romanos el goce exclusivo de tales beneficios y la prosperidad que debe prometerse de sus recursos propios, de su curia eclesiástica, de sus conventos, de su esterilidad y de su industria en fabricar rosarios.

¿Puede depender del extranjero? Entonces, tambien hay que cambiar de táctica: es preciso contar con que Napoleon vé peligros en una ocupacion prolongada; es preciso pedir que las Córtes de Viena y de Madrid se preparen á reemplazar la guarnicion de Roma con una guarnicion austriaca ó española ó mezclada; es preciso prever el caso de que esto no sea del gusto de Italia, ni de Francia, ni de Inglaterra; es preciso ponerse en relaciones con los irlandeses, para que contribuyan á la ocupacion, y es preciso recomendarles que guarden el aliento que ahora malgastan voceando, para no repetir el espectáculo que dieron peleando en defensa de Antonelli.

Escojan los entusiastas de su gobierno; pero no confundan las cosas, y una vez hecha la eleccion, hablen menos, que ya basta, y hagan más. De palabras han llegado á hartar al mundo: de hechos no le han dado más espectáculo que los de que han sido protagonistas Chiavone y Tristany.

Octubre 17.—1862.

IDEAS NAPOLEÓNICAS.

Entre los muchos testimonios que tenemos de las opiniones de Napoleon I, respecto á Italia, merecen recordarse, por lo terminantes y lacónicas, estas cuatro frases :

« Los Papas han impedido siempre que la nacion italiana se remontase, hasta cuando no eran dueños absolutos de Roma, á causa de las facciones de los Colonos y los Orsinis : » « Los Papas hicieron muy mal en mantener la discordia en Italia, y ser siempre los primeros en llamar á los franceses y alemanes : » « Haremos de Roma la capital de Italia : » « Los venecianos se disponen á tomar el buen rumbo, porque han hecho pintar á San Marcos con espada ; y en efecto, el libro solo no basta. »

No hay para qué explicar aquí de qué modo puso Napoleon en práctica estas opiniones : que no llegara á

confirmarlas completamente, no quita para que tendiese á ello de una manera clara y manifiesta.

Caido el imperio, y ya en el año de 1839, un sobrino de Napoleon I escribió en Carlton Terrace, donde estaba desterrado, un volúmen que no dejó de llamar la atencion pública.

Se titulaba *Ideas napoleónicas*, y decia en el prólogo:

«Si los acontecimientos no me hubiesen arrebatado la suerte que mi nacimiento me presagiaba, seria yo ahora, como sobrino del emperador, uno de los defensores de su trono y de los propagadores de sus ideas...»

«El emperador murió, pero su génio era inmortal. No cabiéndome la lisonjera ocasion de escudar con mis armas su poder tutelar, puedo á lo menos defender su memoria por escrito. Dar un completo desengaño á la comun opinion, desentrañando el impulso del remontado vuelo de aquel héroe, recordar lo grandioso de sus intentos....»

«Incapaz seré de arredrarme por el recelo de poderme estrellar con opiniones opuestas á las mias, porque ideas cobijadas bajo las alas del génio más grande que han visto los tiempos modernos, pueden patentizarse sin rebozo, y sin que los esfuerzos políticos sean suficientes para dar con ellas en el caos del olvido, desbaratándolas victoriosamente.»

El prólogo concluia así:

«Mi voz es libre, como mi pensamiento, y soy amante de la libertad.»

Seria inútil, y seria además muy largo, copiar aquí

trozos de esa obra, por otra parte demasiado conocida, para demostrar que no defraudaba las esperanzas del título ni las promesas del prólogo; el libro, del principio al fin, es una exposicion de ideas de Napoleon I, apasionadamente expuestas y calorosamente sostenidas; nada encuentra malo ni perjudicial en las opiniones del primer emperador; todo le parece laudable y provechoso.

A los doce años de aparecer esta obra, la suerte de que su autor, Luis Napoleon, se quejaba, le llevó al trono imperial, con el título de Napoleon III.

El nuevo emperador, ó no significaba nada, ó significaba la idea cobijada por su tío: su parentesco dió vuelo á su nombre: las ideas napoleónicas dieron á conocer las suyas, que protestó ser las mismas: el nombre de Napoleon I le franqueó la subida al sόlio imperial: todo lo que era entonces, todo lo que representaba al ponerse la corona, no era otra cosa que la política napoleónica.

No lo desconoció ciertamente: imitó á su tío en varios de los procedimientos para dominar á la Francia; le copió en casi todos los detalles, confirmó la aceptacion de las ideas del primer imperio, sin más excepcion que esta protesta de circunstancias: «El imperio es la paz;» y esta protesta no fué más que una contradicción del momento á la tradicion de su tío: á los dos años, el imperio era la guerra en Oriente; á los ocho, el imperio era la guerra en Lombardía, y él mismo en persona peleaba contra el Austria; á los once, el imperio es la guerra en Cochinchina y en Méjico, y está en

visperas de serlo en Inglaterra y otra vez en Oriente, ¡y Dios sabe dónde más!

Napoleon III ha sido fiel á la política de su tío en la manera de tratar á las naciones: ha procurado vengarle en Sebastopol; ha procurado vengarle en Lombardía; ha procurado vengarle en Nápoles; ha manifestado intenciones claras de vengarle en Roma, y creemos que no le faltan de vengarle tambien en otra parte; la verdad, sin embargo, es, que no ha vengado en ninguna la liga de 1815; la verdad es, que lleva once años de tentativas, sin conseguir nada real ni efectivo; la verdad es, que parece haber agotado toda la resolucion que tuviera en el golpe de Estado del Dos de Diciembre.

Y hay que tener en cuenta que las naciones confederadas en 1815 contra el tío, no se mostraron favorables al sobrino; que al subir al trono imperial, le pidieron los títulos de derecho divino que los reyes del Norte llevan siempre en el bolsillo, y no pudiendo presentar Napoleon III más títulos que Napoleon I, le llamaron advenedizo; que si luego le reconocieron á la desfilada, la Rusia en Crimea, y el Austria en Lombardía, no le han dado grandes pruebas de sincera amistad.

Ahora bien: hay que convenir en que se ha hecho costumbre ocultar el miedo que infunde el moderno imperio, por más que siempre se le considere de un orden inferior al que producía el primero.

¿Cuáles son los hechos imponentes de Napoleon III?

¿La derrota de Rusia en Crimea? Esa derrota no ha tenido consecuencias; Napoleon III no ha sacado de

ella más resultado que una nueva página de gloria militar para la Francia; la cuestion de Oriente está intacta y se ha de renovar.

¿La derrota del Austria en Lombardía? Tampoco ha sido más que un espectáculo militar de grande efecto; Napoleon anunció que llegaría al Adriático y se quedó en Villafranca; el Austria está á orillas del Mincio dispuesta á volver sobre Villafranca.

¿La caida de los Borbones de Nápoles? Ese es un hecho, despues de mil vacilaciones de Napoleon; pero las vacilaciones actuales están dando fuerzas á Francisco II, hasta el punto de que es mejor su situacion que la de Murat.

¿El amago á Roma? ¿A Roma coligada en 1815? ¿A Roma que no tuvo una palabra para interceder por el mártir de Santa Elena? El amago vá siendo ya extraordinariamente largo y excesivamente extraordinario; el amago, si no ha de pasar de eso, es un acto incomprendible, que no tiene esplicacion ni disculpa.

Se comprende lo que respecto á Roma hizo Napoleon I; pero no puede abonarse el *statu quo* de Napoleon III: si allí tiene un propósito, la vacilacion excede á todas las otras vacilaciones: si no tiene ninguno, es una torpeza insigne esta alarma continuada de toda Europa; si quiere proteger sinceramente el poder temporal, es, teniendo eternamente viva la cuestion, el enemigo más funesto del Papado: si no es eso, si es otra cosa, está dando la prueba más completa de debilidad.

Napoleon tiene ya cierta edad; Napoleon está enfer-

mo; Napoleon, de todas maneras, no tiene asegurada la vida; supongamos que se le escapara de pronto; supongamos que sus dias fueran más breves que los que esperan á Pio IX; la cosa es perfectamente posible. ¿Qué dejaria Napoleon III por resultado de once años de imperio?

Los poderes coligados contra el tio y que miran de reojo al sobrino, exactamente como los encontró; sin que hayan perdido un ápice de su organizacion ni de su fuerza: Rusia dispuesta á tomar la revancha de Crimea: Austria en el Véneto, dispuesta á avanzar por la Lombardia: el Borbon de Nápoles, en actitud de una restauracion, preparada por los obstáculos que el emperador pone á la unificacion de Italia: Roma dispuesta á demostrar con un solemne oficio de difuntos, un agradecimiento justísimo á su protector. Todo lo mismo que lo encontró al subir al trono.

¡Y si al menos en el interior estuviera dando frutos esa política tímida y vacilante, aunque no fueran más que frutos para la dinastía napoleónica! Pero, ¿cuáles son los que podria prometerse en un momento de prueba?

¿Serian los republicanos los que sostendrian la sucesion del emperador, que despues de matar la libertad en Francia, manifiesta á veces tendencia á destruir en Italia lo que habia alejado los recuerdos del Dos de Diciembre?

¿Serian los ultramontanos, que con haberle comparado á Pilatos le detienen en la solucion á Roma, los que tomaran á su cargo pagar al hijo la deuda de proteccion no reconocida al padre?

¿Serian los orleanistas, serian los enriqueistas, los que aclamaran al príncipe imperial, como el representante de Carlos X y Luis Felipe?

¿Serian las glorias y el poder de este imperio, las que llevaran al trono á Napoleon IV, cuando por más grandes y más eficaces que fueran las del primero, no evitaron la muerte en el destierro de Napoleon II?

Napoleon I pudo sucumbir heroicamente en Waterloo, sin inquietud por su memoria, porque como dijo el desterrado en Carlton Terrace: «el imperio habia hecho una guerra á muerte al viejo sistema europeo.» La derrota material significaba poco al lado de la gran obra moral que legaba al mundo.

Napoleon III, si hoy muriera tranquilamente en su lecho de las Tullerías, dejaria impune la coalicion contra su tio, suspensa la obra de renovacion europea que tan adelante llevó el primer imperio, sin garantía á su hijo, en el caos á la Francia, con tres dinastías rivales, y una revolucion en el horizonte en un país revolucionario por carácter.

Es imposible que estas y otras reflexiones se le oculten á Napoleon III: es imposible que no dé pronto muestras de conocer su interés y de poner coto á la política vacilante.

Las circunstancias le han puesto al descubierto en la cuestion de Roma. Nadie le sirve ya de disculpa. Los momentos son críticos: desde el Dos de Diciembre, nunca le ha hecho falta como ahora un rasgo de resolucion, al que debe tener siempre presentes estas palabras escritas por su puño en las *Ideas napoleónicas*:

«Pero tú, Francia de Enrique IV, de Luis XIV, de Carnot y Napoleon; tú que fuiste siempre para el Occidente de Europa el manantial de los progresos; tú que posees los dos polos de todo imperio, el númen de las artes pacíficas y el de la guerra, ¿no te toca desempeñar ninguna mision?»

Setiembre 16.—1862.

POLÍTICA NAPOLEÓNICA.

Es ya digna de atención la fraseología que se ha introducido en ciertos círculos de París, y que algunos corresponsales de periódicos se han encargado de extender por toda Europa, para explicar las bruscas peripecias á que está sujeta la cuestión de Roma.

El imperio actual puso desde el principio grande empeño en copiar al primer imperio, en punto á la organización y gerarquía de la corte, y se apresuró á crear un ministro de la casa del emperador, un gran limosnero, un gran mariscal de palacio, un ayudante general del mismo, mariscales de los Sitios Reales, un gran escudero acompañado de otros no tan grandes, un gran director de cacerías al cual se asocian otros funcionarios, un gran maestro de ceremonias, un introductor de embajadores con sus ayudantes, un tesorero

general de la corona y otro del bolsillo particular del emperador, una música de cámara y de la capilla imperial, un servicio especial de sanidad compuesto de médicos y cirujanos ordinarios, de un comadron y de médicos y cirujanos para consultas; además organizó también la casa militar con sus ayudantes de campo, sus oficiales de órdenes, su escuadron de los Cien guardias, etc., etc.; la reproducción del aparato del imperio fué tal, que no parece sino que su creación se redujo simplemente á mudar la fecha á los reglamentos de Napoleon I, para ponerlos en vigor á los 36 años de descanso.

Lo que hizo restaurando la córte, eso hizo en política al restaurar el imperio; exhumar sus instituciones: lo que hizo en la política, eso verificó en el ejército: echó á volar de nuevo las águilas, evocó la Guardia Imperial, y se afaná en buscar apellidos que se enlazaran con los que rodearon el nombre de Napoleon I.

Cuando su sobrino tomó estado, resucitó igualmente los antiguos reglamentos para la casa de las emperatrices, y renacieron la gran señora de la casa, las señoras no tan grandes del palacio, la dama lectora, etc., con acompañamiento de otra porción de funcionarios del sexo masculino.

Tratándose de política exterior, el moderno imperio siguió, en cuanto se lo permitieron la diferencia de tiempo, las huellas del otro imperio: las águilas francesas fueron á Austria á principios del siglo y ahora repitieron el paseo; lucharon con el Austria y ahora también; lanzaron de Nápoles á los Borbones y ahora

los vieron huir de nuevo; pusieron un pié en Roma y allí le conservan todavía.

Son, en fin, sin número, las pruebas que pueden presentarse de que Napoleón III ha mirado como una condición de su imperio, imitar, hasta donde le es posible, aun en las menores cosas, el imperio de Napoleón I.

Pues bien: lo que ni tiene precedente en el primer imperio, ni tiene igual en córte ni nacion alguna, es la pintura que los corresponsales á quienes aludimos, hacen diariamente de lo que pasa en el palacio de las Tullerías.

Segun ellos, en el imperio francés hay dos políticas: la política de Luis Napoleón y la política de Eugenia de Guzman; dos partidos: el partido del emperador y el partido de la emperatriz; dos diplomacias: la diplomacia del marido y la de la mujer; dos fracciones en el gobierno: la de los ministros que secundan el pensamiento del esposo, y la de aquellos que hacen valer el de la esposa; dos cancillerías: la de la casa del emperador y la de la casa de la emperatriz; dos órganos en la prensa: el *Pays* que se inspira en la parte masculina, y la *France* que, como su título, obedece á la voluntad de la femenina; dos gobiernos, en fin, simultáneos: el gobierno del hombre y el gobierno de la mujer.

En esto, el moderno imperio es la antítesis del anterior: Napoleón I no ocupaba la atención de Europa con las emperatrices, mas que cuando las repudiaba: Napoleón III, tal como le pintan, acabaría por que la Europa no se ocupara de él, por no dejarle tiempo, por-

que lo necesitaba para ocuparse de la emperatriz.

Hay infinitas razones para creer que todo esto encierra un gran abuso y una gran inexactitud por parte de los corresponsales; señalaremos algunas.

Napoleon tiene dadas pruebas de que no adolece de flexibilidad de carácter, y no es verosímil que ceda á las sugerencias constantes y sistemáticas de la emperatriz.

Esta ha subido al trono con condiciones que no le dan derecho á exigencias: y aunque se quiera suponer que sabe emplear medios suaves de influencia, hasta lograr en su favor una excepcion de debilidad, los hechos lo desmienten: la emperatriz no estorbó que el emperador fuera hasta Villafranca, ni evitó que el Papa perdiera la mayor parte de sus estados.

Por otra parte, las circunstancias que concurren en la emperatriz, contradicen tambien el papel que se la hace representar.

Se la pinta como una fanática vulgar, como una mujer de cortos alcances, y Eugenia Montijo estuvo siempre muy lejos de dar pruebas de fanatismo, y mostró que no carecia de talento y superioridad.

Extranjera en Francia, no puede desconocer que esta sola cualidad, en un país del carácter del vecino, la impone como primer deber público, un exceso de circunspeccion.

Elevada al trono imperial desde una clase muy inferior á aquel puesto, no puede formarse ilusion de hacerse nunca un lugar muy envidiable entre las antiguas dinastías, que á sí mismas se llaman de derecho

divino. Ya debe saber que esto no lo olvidan las testas coronadas de antiguo origen, y acaso recuerde en su memoria más de una anécdota moderna, relacionada con su elevacion al trono de Francia.

Sentada en un trono tantas veces derribado con estrépito por la revolucion, no puede dudar que la revolucion retoña siempre.

Esposa de un hombre que es jefe del estado por el sufragio universal, no puede querer que ese hombre cargue con la responsabilidad de la reaccion europea.

Madre de un príncipe que se halla en la niñez, no puede querer que el hijo reuna sobre su cabeza, al nombre del padre que mató la libertad en Francia, el nombre de la madre con el carácter de haber trabajado para matarla tambien en Europa.

Atribuir á la emperatriz Eugenia semejantes desig-nios, sería atribuirle una insensatez de que sin duda está muy distante.

En todo esto hay otra cosa, que vá ya siendo importante averiguar.

La reaccion europea, cuyos golpes son tan continuados y tan terribles, se agarra á donde puede para sostenerse un instante más; explota todos los medios y se sirve de la emperatriz para presentarla como jefe de un partido, como agente del absolutismo europeo, siempre que necesita ofrecer alguna especie de efecto que compense sus derrotas y sus desalientos.

Por otra parte, á la política en *zig-zag* del emperador, se amolda bien este dualismo imperial, que se ha encontrado fabricado, merced al cual, viven agrada-

blemente entretenidas y medianamente satisfechas, las gentes cándidas que necesitan poco para contentarse.

Si Napoleón dá un paso adelante, allí está su mujer para que los neo-católicos aseguren que se encargará de hacerle desandar dos: si desanda medio, allí está según ellos, la emperatriz para que los liberales hagan recaer sobre ella la mayor parte de la responsabilidad.

Para los hombres pensadores, todo esto no es más que un juego de cierta habilidad, que no estorbará en lo más mínimo la realización de todos los hechos que están anunciados, y que es imposible que fallen.

Para el imperio, ese juego llevado muy adelante, pudiera ser de los que ocasionan pérdidas casi seguras.

Para el príncipe imperial, de seguro no ha de proporcionar ninguna ganancia.

Mientras el pretendido dualismo imperial ha sido negocio de corresponsales, el asunto no tenía tanta gravedad: cuando en un país donde no se permite hablar á la prensa más que de lo que el gobierno quiere, se trata ya del dualismo y se le declara capaz de formar y derribar ministerios; la comedia nos parece expuesta.

Noviembre 11.—1862.

RUSIA.

Los que cometen la torpeza de creer que llegarán á persuadir al país de que los sucesos de Italia son una guerra á la religion católica, los que tienen la insensatez de fingir amenazadas de grandes calamidades á las naciones occidentales, dicen que todas las miradas se vuelven al Norte, que es donde está nuestra esperanza, que es donde está el Papa cismático y los reyes protestantes, único apoyo, segun ellos, del Papa católico.

Puesto que la moda es fijar la vista en el Norte, sigámosla una vez siquiera, y digamos qué es lo que se distingue en aquel faro de lomogigatos con simpatías á la heregía, en aquel modelo de bienandanza para los pueblos, que segun parece están llamados á corregir y enmendar la civilizacion del Mediodía.

En primer lugar, nos encontramos con un territorio

singularmente desgraciado por la naturaleza, que comienza en la tristeza para acabar más tristemente aun. Aquí el mar Báltico, allí el mar Negro; dos mares igualmente intratables una parte del año: allí la estepa, es decir, la esterilidad de la tierra, el fin del mundo, el vacío, la nada; allí el pantano, allí los matorrales, allí el pino; en medio de esto un pueblo, mejor dicho, un grupo de chozas construidas con troncos, en las cuales vive el campesino confundido entre el ganado; más allá la ciudad, si así puede llamarse el pueblo descrito en estado de amplificación, siempre construida con trozos de leña é interrumpida á trechos de un palacio para variar; á un extremo un no sabemos qué, prolongado hasta lo infinito entre dos fosos, que sería un camino si pudiera pasar por él un carruaje, y que mientras tanto, no pasa de ser un barranco.

Añádase á esto un clima que vá como el despotismo, entre sobresaltos; un sol perezoso que aparece débilmente al principio del verano, se presenta en la canícula, barre en un dia la nieve todavía pegada al suelo, empuja bruscamente la vejetacion para ganar el tiempo perdido, la obliga á germinar, verdear, florecer y madurar precipitadamente, con una impaciencia febril que se asemeja á la cólera, y en el momento en que ha acabado su obra, sopla el viento desde la Siberia, va en línea recta sin encontrar una montaña que le detenga, y con el aire del polo, llega el invierno como una bala de cañon; la nieve toma en una noche posesion de su dominio, y por la mañana el ruso, al abrir la ventana, se encuentra con que ha cambiado de estacion, con

que se habia acostado en verano, al decir del calendario, y se despierta á no sabemos cuántos grados bajo cero.

En medio de esto un pueblo admirablemente digno de este clima brutal, que por espíritu de absolutismo ha suprimido la primavera y el otoño de la rueda armoniosa del año. ¿Qué es, en efecto, el pueblo ruso? ¿Es bárbaro? ¿Es civilizado? El que lo sepa que lo diga; es la distincion entre el perro y el lobo, que se confunde en el crepúsculo; aquello no es precisamente la noche, pero tampoco es el dia; el dia vendrá, los periódicos extranjeros nos le anuncian estos dias; pero no ha llegado aun. El ruso es una muestra completa de todos los estados sucesivos que la humanidad ha atravesado en su perpétua evolucion desde que salió del Eden: allí viven aun juntos y en ejercicio, el estado pastoril, el estado agrícola, la servidumbre y el mandarinato; se busca algo que se parezca á una sociedad, y lo más que se encuentra es un museo viviente de todas las sociedades; una confusion de todos los progresos de la historia; una especie de reloj descompuesto, que en su delirante desarreglo da á la vez todas las horas.

La legislacion es un verdadero caos; para darle cierto aire de unidad, ordenó el gobierno la confeccion de un Código, á la mayor brevedad posible, y hasta nombró á este efecto una comision; la comision se ha reunido con toda exactitud seis dias por semana; cuarenta años hace que funciona; dos ó tres veces ha renovado la muerte su personal, y el Código espera aun

el primer artículo. ¡Y que haya malandrines que sostengan que el absolutismo no es mucho más expedito que una asamblea popular!

La justicia corre parejas con la legislación. ¿Saben los católicos, apasionados del cisma de la Iglesia, cuántos grados de jurisdicción hay en Rusia? Once; y ¿para cuántos justiciables? Solamente para 700,000, porque en una población de 60 millones de almas,—aquellas se llaman almas,—apenas ese número está en posesión de los derechos civiles. Pero hay más: después de juzgado un proceso con toda esa multitud de instancias, todavía no está definitivamente juzgado; el poder imperial por su simple voluntad, puede revocar y variar la sentencia; el emperador es, pues, el único juez de Rusia.

La ley rusa gusta, como la modestia, del misterio y del silencio, y por eso rechaza toda publicidad y toda defensa oral: cada parte se compone por medio del papel: en Rusia no hay idea de lo que pueda ser un abogado; en cambio hay abogadas, es decir, hay damas, por medio de las cuales se suelen entender, con una bolsa en la mano, el litigante y el juez.

Tal justicia civil, tal justicia criminal, la unidad lo requiere así; la pena de muerte está allí abolida para todos los crímenes, excepto los políticos; de manera que una palabra dicha por un borracho contra la familia imperial, se castiga con más severidad que el parricidio, por ejemplo, ese crimen de los crímenes en todas las legislaciones de la civilización. El tribunal puede además matar políticamente á su capricho; puede

descuartizar, ahorcar ó enterrar vivo al reo, á su eleccion, es decir, á eleccion del tribunal.

El Knout se encarga ahora de castigar los crímenes que antes llevaban consigo la pena capital; pero el Knout es tambien un castigo arbitrario, prodigiosamente susceptible de más ó de menos en la práctica; porque entre un golpe aplicado de esta ó de la otra manera, hay un voto de confianza para el verdugo, cuya mano es por otra parte más ó menos pesada, segun la propina; una moneda deslizada oportunamente apacigua extraordinariamente la cólera del látigo, y con esta precaucion el reo puede conservar una parte de la piel de su espalda; el verdugo es, en realidad, un juez supremo, que aumenta ó disminuye el suplicio á su capricho; en último caso, hasta puede disponer de la vida del paciente si le conviene quitársela. La ley rusa tiene para los caballeros una pena particular, que llama la degradacion; consiste romper la espada sobre la cabeza del culpable; el verdugo puede interpretarla de dos maneras: ó bien rompiéndola de plano sobre la cabeza del degradado, ó bien metiéndole la empuñadura dentro del cráneo; la fórmula es la misma: ya comprenderán los neos que el resultado, sin embargo, es diferente.

Pero el crimen más severamente perseguido en Rusia es el *donck*: ¿qué significa? Algo como el espíritu liberal: cualquiera que es acusado de *donck*, no importa cómo, no importa por qué indicios, es juzgado en secreto, condenado en secreto, sin que pueda adivinar durante toda la elaboracion de este procedimiento

oculto y anónimo, á qué hora y de qué manera ha sido liberal; sabe su crimen por la sentencia, y cuando piensa en la defensa, está en camino de la Siberia; le queda el recurso de pronunciarla para que la oiga el gendarme que le acompaña, si tiene ganas de conversacion. El censor que deja pasar en un periódico un artículo culpable de *donck*, es cómplice del delito y participa del castigo siguiente: la policía le convida á presentarse en extradados; cuando llega le coloca cortesmente boca abajo sobre un banco de pino, y con mano maternal le administra lo que el poeta Pouschkinne, que habia pasado dos veces por esta prueba, llamaba la carta de naturaleza de la nobleza moscovita: por supuesto, que tras del censor sufre igual pena el autor del artículo; la Rusia practica admirablemente la igualdad ante el látigo: es la única democracia al alcance de su inteligencia; pero el censor vá primero: es lástima que Necedal no tuviera presente esta teoría rusa al redactar su ley: 1,000 duros de multa al fiscal de imprenta, antes de exigirnos á nosotros otros 1,000 duros; pero aun es tiempo: la union vá á reformar á Necedal, y la union es de las que miran al Norte.

Por la justicia de un país se puede juzgar anticipadamente de su administracion: en Rusia la administracion es la organizacion del pillaje en catorce esferas. Como suprimiendo la libertad de la opinion, el gobierno ha suprimido de un golpe el espíritu público; como lo que nosotros llamamos consideracion, es cosa completamente desconocida en las márgenes del Neva; el mandarin de Rusia no tiene desde el primero al último

«dia de su carrera, más que un solo móvil: la ganancia; más que un solo objeto: el ascenso; ganar y ascender lo más posible; por consiguiente, adular al hombre ó á la preocupacion que pueda reportarle un beneficio ó un adelanto; hé aquí la mision del funcionario: ¿qué le importa el bien del Estado? El gobierno tiene 70 recompensas para los empleados; es preciso ser 70 veces estúpido para no componerse de modo que no toque alguna de ellas.

Pues bien: á pesar de ese diluvio de premios, gratificaciones y condecoraciones para las hijas y para los hijos, el gobierno ruso es el peor servido de toda Europa; le roban completamente; esto es proverbial: gracias á la incuria de la administracion, aquel país está arruinado, y esto es digno de atencion; cuanto más escasea allí el dinero, más aumentan allí los dispendios; cuánto más torpezas se cometen, sofocando la produccion, más sube el presupuesto de gastos; cuando aquel gobierno pone la mano en alguna cosa, allí mata invariablemente una riqueza. Sea ruso ó sea turco, un bajá, la experiencia lo dice, es invariablemente un bajá.

¿Qué buscan esas miradas que dicen se vuelven al Norte, esos hipócritas defensores de una religion que nadie combate, con la solicitud de hallar partidarios en otras religiones, para sus sueños de una ambicion, que nada tiene de espiritual? ¿Qué ven en el último horizonte de Europa? Un hombre, más que un hombre, emperador y juez á un tiempo, dominar en su majestad cesarea, sobre un magnífico vacío, enmedio de un océa-

no de bayonetas; él lo es todo; él está con la mirada en todas partes; él puede, cuando se siente colérico, juzgar, condenar, desterrar, encarcelar, matar, espoliar, quemar, esparcir las cenizas, pasar el arado sobre las poblaciones, pasear de una frontera á otra el fuego errante de su artillería, guadañar la juventud como la yerba: puede, en una palabra, sembrar á su paso todos los dolores capaces de afligir al hombre en un dia de maldicion. Todo lo puede menos una cosa: en vez de destruir, crear sobre el suelo que pisa, la actividad, la vida, la riqueza, el pensamiento; dicen que es más moral, más justo, ó mejor más ansioso de justicia que su propio pueblo, y á pesar de eso, aquel hombre, cargado, abrumado con todos los poderes del cielo y de la tierra sobre su cabeza, suspendido en una nube, perdido en su apoteosis, inmenso en fin, para el mal é impotente para el bien por la naturaleza misma de su autoridad excepcional, incomensurable, que le separa y le aísla del resto de la humanidad, puede desear una medida de justicia, pero no tiene más que la voluntad; cuando habla de justicia, habla al viento, su palabra cae muerta á sus piés sin encontrar quien la levante; entre el pueblo y él, el despotismo ha levantado la muralla viviente del funcionario, conjuracion tácita que intercepta su pensamiento, y le hace estéril. ¿Qué vé? ¿Qué sabe? A lo más, lo que la corte imperial, sien: pre agrupada en torno suyo, quiere dejarle ver y oír; de seguro que es el hombre más ignorante y el más engañado de Rusia, el súbdito de sus súbditos, *servus servorum*.

Ha querido romper la humanidad á sus piés, y la humanidad ha tomado la revancha.

La experiencia, sin cesar repetida, conduce al mismo resultado. ¡ Ah! Dios es justo y ha negado al absolutismo hasta el derecho de hacer el bien, de miedo de que engañado por este bien, el hombre vacilara en la esclavitud. El absolutismo es como el manzanillo, á cuya sombra no nace nada.

A distancia y entre la bruma del polvo, el pueblo ruso parece un fantasma; de cerca es una poblacion informe, compuesta de diez pueblos diversos, judíos, alemanes, tártaros, cosacos, griegos, búlgaros, polacos y no sabemos qué más, regimentados á viva fuerza, disciplinados á sablazos. Allí hay un ejército,—un ejército vencido en Sebastopol,—pero no hay una nacion digna de tal nombre; el noble sueña en ponerse una cruz más en el pecho; el que no lo es, aspira á beber un vaso más de aguardiente los domingos; el siervo es emancipado, pero habituado á su incuria y á la vida brutal de la esclavitud, no sabe qué hacer de su libertad; las reformas empiezan, el emperador dá en estos momentos el primer paso descentralizador, quiere enviar un soplo de vida á las municipalidades; pero los pueblos no se hallarán de pronto sin la tutela del Consejo de Regencia, del gobernador de la provincia y del conde jefe del distrito: el vapor lleva el primer eco del extranjero, que va de la tierra de los sueños, de los países liberales; el ruso se sonrie desdeñosamente del vapor, que va esparciendo un aliento de libertad en medio del desierto. No se rompe, no se anuda de un dia á

otro con un ukase, el pacto secular del hombre con la tierra en que nació.

— ¡Y semejante país es el de las esperanzas de la reaccion! ¡y para contemplar ese espectáculo nos dicen que volvamos la vista al Norte! ¿Por qué los absolutistas, por qué los reaccionarios de todos colores, que tantas ilusiones tienen puesto en él, no alargan sus viajes á Francia y á Inglaterra hasta llegar á San Petersburgo, para estudiar de cerca aquel país, esperanza de Europa, á fin de contemplar, para edificación de su alma, al despotismo, sorprendido en flagrante delito, que, segun ellos, ha de ser el áncora de salvacion del Occidente?

— Fácilmente obtendrian allí, en pago de su entusiasmo, una plaza de censor; y de seguro que lo mismo que aquí escriben, haciendo que defienden el absolutismo, les valdria allá la carta de naturaleza, como la llamaba el pobre Pouschkine, que se imprime con un látigo á censores y periodistas, despues de ponerlos boca abajo sobre un banco de pino.

Octubre, 25.—1860.

POLONIA.

I.

Hace cosa de un siglo que tres monarcas, dos de ellos mujeres, cometieron, á la luz del dia, un robo á mano armada, que llamaron el reparto de Polonia.

Los autores de este atentado fueron: Federico, llamado el Grande; Catalina, y María Teresa.

La Polonia fué puesta á licitacion: Prusia escogió la Prusia polaca y una parte de la Gran Polonia: Austria tomó toda la orilla derecha del Vístula y una parte de la Volhynia; y Rusia llevó su frontera desde el origen de la Vilia hasta el Niemen, y desde el de la Beresina hasta el Dnieper. Fué lo que se llama entregar un pueblo al pillaje, repartírsele como se reparte un rebaño.

El pueblo no se resignó al reparto; la Polonia se insurreccionó; Catalina lanzó sobre ella una especie de

chacal llamado Drenwitz : esta fiera hacia cortar la mano derecha á los prisioneros para que fueran propagando el terror por todas partes; cuando no, los mandaba desollar vivos para quitarles el traje polaco : la Polonia entró en la agonía; la Europa echó sobre ella un sudario y volvió la vista á otro lado.

Pero la Polonia no habia muerto : Kosciusko levantó el sudario, la puso en pié y la lanzó contra la Rusia; Catalina envió entonces para sujetarla á un tal Souwarow, hombre piadoso, eso sí, que se santiguaba antes de entrar en accion, pero que decia á sus soldados: «no deis cuartel.» Souwarow marchó contra Varsovia, dió el asalto por el arrebal de Praga: por una y otra parte se peleó con encarnizamiento; una nube de polvo cubrió el campo de batalla, y cuando cesó el ruido de la artillería, resultó que el ejército ruso se habia apoderado del arrabal; y cuando el viento de la mañana hubo barrido el humo y el polvo que ocultaban veinte mil cadáveres, Souwarow se fué á cantar un *Te-Deum* en la catedral de Varsovia.

Kosciusko habia caido en la pelea; una mano desconocida le echó el capoté sobre la cara, y una voz murmuró: *Finis Poloniæ*.

Algun tiempo despues, sucedia á Catalina Pablo I; pero el crimen engendra el crimen; la muerte es contagiosa; se habia matado á un pueblo; Benningsen y otros compañeros mataron á Pablo.

Mas hé aquí que aparece Napoleon en la escena: tiene la Europa bajo su espada; sin duda va á resucitar á Polonia y á colocarla como centinela avanzada de la

Francia sobre el Vístula; su opinion es conocida. «Si yo hubiera reinado en lugar de Luis XV,—tenia dicho,—no hubiese permitido el reparto de Polonia.» Luis XV, sin embargo, para estorbar el reparto, habria tenido que hacer la guerra con el ejército desmoralizado de Rosbach; pero si Napoleon hubiera querido restablecer la Polonia, ¿quién podia impedirselo? El Austria habia sido puesta fuera de combate en Ulm; la Prusia destruida en Jena; la Rusia desarmada en Friedland: un *fiat* de su voluntad bastaba; no tenia más que decir: «Que la Polonia sea,» y la Polonia hubiera sido. Napoleon no dijo esa frase, porque aquel hombre era un tirano, y no podia dejar á la historia la memoria de un redentor.

Alejandro le llevó al lazo que le tenia tendido. Moscow arde; el ejército francés abandona aquel infierno de fuego para entrar en un infierno de nieve: marcha á la desbandada; vive de la carne de los caballos: y mientras que aquel fantasma de ejército anda errante á la ventura, á la pálida claridad de la luna, que es el sol de Rusia; mientras que muere de frio y hambre, y encerrado en un círculo de hierro por el ejército ruso, se ve obligado á abrir con un nuevo combate el camino que se le cierra de dia en dia, la Polonia puede decir desde su opresion constante: «¡Suerte merecida!»

La Rusia devolvió su visita á París; Napoleon se vió abandonado de su séquito, y tuvo que abdicar en Fontainebleau: el emperador Alejandro hizo la señal de la cruz á la cabeza del tratado de Viena, é invocó solemnemente el Verbo, hecho carne, así como la Santísima

Trinidad; jamás la diplomacia habia asistido á una escena semejante de neo-catolicismo; enseguida el ruso protestó en alta voz de amor al prójimo, y para unir el efecto á la protesta, deslizó en el preámbulo de la Santa Alianza un artículo especial en favor de la abolicion de la esclavitud. ¿Cómo se habia de suponer que un soberano, devorado de ternura por la raza negra, habia de condenar á la servidumbre la raza blanca?

La filantropía en boca del despotismo, oculta siempre un pensamiento de opresion. Una línea despues de la abolicion de la trata, el emperador Alejandro insertaba el contrato de seguros mútuos entre los reyes contra toda tentativa de emancipacion y toda peticion de constitucionalismo: al tiempo se le decia: «No marcharás,» y al hombre: «No pensarás:» se entraba en rebelion abierta contra la naturaleza, se tendia á la Europa sobre un lecho de dolor.

El Congreso de Viena creia haber asegurado así el reposo del mundo para siempre jamás; pero apenas dejó la pluma en el tintero cuando por todas partes vió una paz inquieta, una guerra sorda; la revolucion y la contrarevolucion; la oposicion del derecho al hecho; la lucha de pueblo á pueblo, ó de pueblo á gobierno; en una palabra, el caos, la turbacion como estado orgánico, bajo la direccion de la Rusia.

De repente el Pontífice místico de la Santa Alianza cayó en una tristeza negra; languideció, murió, sin que se pudiera saber de qué enfermedad, volviendo á cada instante la cabeza, como si continuamente tuviera tras de sí un fantasma. El emperador Alejandro podia ex-

clamar como Macbeth á la sombra de Banquo: «Al menos, tú no puedes decir que sea yo quien lo haya hecho.» Él no habia efectivamente asistido en persona al asesinato cometido por su padre; no habia preparado la emboscada; durante la ejecucion se habia mantenido entre bastidores: al dia siguiente, cuando reinó, fué cuando amnistió el asesinato.

Nicolás subió al trono de todas las Rusias, y continuó la política de Alejandro, con su temperamento de capitán de coraceros.

Pero la Francia vuelve á su idea de 89 y derriba la dinastía de derecho divino; la Rusia se resiste á reconocer la revolucion de Julio, y mientras que de una y otra parte se miden con la vista, apoyado el codo sobre el cañon del fusil, la revolucion de Julio encuentra eco en Varsovia.

Alejandro habia dado una Constitucion á Polonia en el Congreso de Viena; pero aquello no era para él más que letra muerta: la habia dado, podia retirarla, y la retiraba en efecto en la aplicacion. «Los pueblos (decia cándidamente), están ligados con el Czar; pero el Czar no puede ligarse jamás con los pueblos.» Así entendia Alejandro la santidad del contrato.

La Polonia, sin embargo, hacia más que reclamar su Constitucion: reivindicaba su nacionalidad. Nicolás respondió á la peticion enviándola un ejército á las órdenes de Paskewitch, el segundo tomo de Souwarow. Despues de una lucha heróica, la Polonia sucumbió; Paskevitch tomó á Varsovia por asalto. ¿Quién quedó vivo? ¿Quién murió? Nadie ha podido saberlo;

la sangre no grita. «El orden reina en Varsovia.»

Luego que Nicolás hubo sofocado la insurreccion, ensayó una obra desconocida hasta entonces: el esterminio de un pueblo entero. Frecuentemente, en medio de la noche, el paisano ruso, dormido bajo su choza de pino, se despertaba al oír un ruido sordo sobre la nieve: entreabria tímidamente el respiradero de su mansion, y á la luz de las estrellas del polo, medio distinguia una larga fila de sombras, que marchaban hácia el Norte, escoltadas por los cosacos: eran algunos millares de polacos que Nicolás trasportaba á Siberia.

Y no solamente quiso este hombre arrancar la poblacion del suelo, sino la religion de las almas; así es que se vió á los granaderos de la Guardia, por su orden, ó cuando menos con su aprobacion, obligar á las pobres religiosas á renegar del Dios de su infancia, al compás de los puntapiés de los soldados en sus rostros, ó arrastradas por los cabellos á lo largo de los cláustros.

Nicolás se gozaba en su crueldad con espantoso candor: amaba á su emperatriz, cultivaba la música, adoraba el baile y aplaudia á la Taglioni.

En cuanto á la Polonia, no habia cuestion, más silencio reinaba allí que en un cementerio: es verdad que en algunos Parlamentos de Europa se oía alguna vez: «La Polonia no perecerá:» es verdad que algunos periódicos se permitian repetir la frase y aun pronosticar la redencion de los polacos; pero lo positivo era que aquella nacion reposaba en el fondo de una tumba, y que sobre su losa se podia escribir: «El mundo pertenece al crimen.»

Tales son las principales fases por que ha pasado la cuestion de Polonia hasta hace diez años.

Julio, 24.—1863.

II.

Desde que pudo escribirse sobre la tumba de Polonia: «El mundo pertenece al crimen,» Nicolás no tuvo más que una política: el terror; no reconoció en Rusia más que una nacion: el ejército; ¿qué le importaba el resto, con tal que el resto pagara las contribuciones? Desde lo alto de la silla de su caballo tenia fija la vista sobre Europa; daba la consigna á la mitad de Alemania; cuando oia algun rumor en cualquier Estado vecino, enviaba un ayudante de campo á restablecer el silencio; tenia la hidrofobia de un déspota contra la libertad. A la primera noticia de la revolucion de Febrero de 1848, tiró del sable y gritó: «¡A caballo!» á sus generales; cuando vió que la explosion se generalizaba, volvió el sable á la vaina y esperó.

Mientras esperaba observando, desempeñó el papel de rey de los reyes, de Agamenon del absolutismo; hirió á la Hungría por la espalda: cada vez que un general extranjero, en Italia ó en cualquier otra parte, bombardeaba una ciudad ó sofocaba una nacionalidad, Nicolás le enviaba por la posta una de las setenta órdenes de su imperio; Filangieri, Haynau, todos los héroes de

poblaciones incendiadas y de mujeres azotadas, llevaban majestuosamente sobre sus pechos el *satisfecit* imperial de la Rusia.

Sin embargo, en medio de la victoria, experimentaba cierta misteriosa melancolía: encontraba la Moscovia estrecha en la inmensidad de su territorio: deseaba tener el camino del mar, la vía del imperio del mundo, gracias al vapor y al hélice. Pero la naturaleza había encerrado la Rusia en el mar Negro, como en una ratonera; Nicolás quiso corregir este error geográfico.

«Ahora (se dijo á sí mismo), puedo probar fortuna; he concluido con la nacion polaca enviándola á la Siberia; reino sobre un pueblo de hielo, donde no se oye más ruido que el de mis espines: la Polonia ha muerto, no tengo para qué ocuparme de ella; puedo dirigir mis golpes á otra parte: la ocasion es buena; debo aprovecharla.»

«Tengo un hijo que se llama Constantino; como de Constantino á Constantinopla hay simpatía de nombre, quiero enviarle al Bósforo á conquistar el puesto del Gran Turco. La Europa duerme; ésta es la ocasion: tomemos la espada, y marchemos.»

Y en plena paz, sin prévia declaracion, la Rusia invadió la Moldavia; no para hacer la guerra al sultan, (esa no era su intencion!) sino simplemente para tener una garantía en la mano: para mejor asegurarla, Nicolás obligó al clero válaco á rogar por la salud del czar, y á la administracion de Valaquia á entregar en el cofre imperial el impuesto que se la pidió. El despotismo sabe hablar perfectamente el idioma de Cartago, y cor-